

ARTURO BAREA

LA FORJA DE UN REBELDE

NOVELA



LOSADA

TOLEDO EN LA NARRATIVA ESPAÑOLA DE LA GUERRA CIVIL. ESCRITORES Y PERSONAJES

Isabelo Herreros

Y un libro, en la batalla de Toledo,
un libro, atrás un libro, arriba un libro, retoñaba del cadáver.
Cesar Vallejo. "Pequeño responso a un héroe de la República".
En España, aparta de mí este cáliz.

No es fácil dar con un título preciso para un trabajo que pretende acercarse a aquella literatura que tiene como referencia fundamental la guerra civil española, y de manera más específica la aparición de Toledo en estas obras, por lo que desde el principio aclaro que el artículo no es exhaustivo ni pretende otra cosa que aportar algunos nombres y algunos títulos. No puede decirse que España sea un país muy dado a hacer novelas ambientadas en nuestras "gestas guerreras", tampoco el cine se ha aproximado demasiado y sería objeto de otro artículo tratar de dar una explicación razonable a esta propensión a dejar para los historiadores nuestras guerras civiles y nuestras aventuras coloniales. Es cierto que tenemos los insuperables *Episodios Nacionales*, de Benito Pérez Galdós, y que tenemos novelas de Pío Baroja y de Valle Inclán que tienen como fondo las guerras carlistas del siglo XIX, pero también es cierto que desde entonces no ha habido incursiones en tan apasionantes y literarias contiendas. Alguna que otra película y paramos de contar. Igual ocurre con cuanto aconteció en Cuba y en Filipinas, de lo que apenas encontramos huella en la novela española contemporánea. Otro tanto podemos decir del último desastre de nuestro Ejército en África, con excepciones como *El blocao*, novela de José Díaz Fernández; tampoco el cine se ha ocupado mucho de lo que podría ser un auténtico "filón", por el exotismo de los paisajes y el atractivo de lo oriental, si bien hay que anotar una película francesa, *La bandera*, estrenada en 1935, ambientada en aquella guerra y que tiene como protagonista a un aventurero (Jean Gabin) alistado en la Legión extranjera española.

Con nuestra última guerra civil ocurre algo parecido, en lo tocante a literatura, si bien es conocido que se han escrito más de treinta mil libros relacionados con aquella tragedia colectiva como argumento, pero nos encontramos ante ensayos, memorias, e investigaciones de todo tipo, si bien pocas de carácter general. Desde 1939 hasta nuestros días no se ha parado de escribir y publicar libros, con nuestra guerra como fondo, tanto dentro como fuera de España. Durante el franquismo es obvio que lo que abundaba era la propaganda en la producción bibliográfica y eran editoriales radicadas en Francia, Ar-

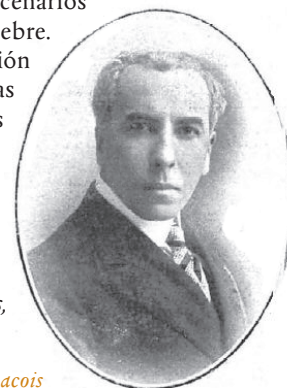
gentina o México las que daban cobijo al punto de vista de los vencidos y las investigaciones de los hispanistas. Es curioso que una de las novelas más importantes acerca de nuestra guerra civil, *L'Espoir*, de André Malraux, no sea de autor español, igual ocurre con la película más célebre, *Por quién doblan las campanas*, basada en la novela homónima de Ernest Hemingway. En mi opinión, una de las mejores novelas, de las que abordan la guerra civil, es



El asedio de Madrid,¹ de Eduardo Zamacois, autor poco valorado hoy día, por razones que se me escapan; esta novela fue publicada en noviembre de 1938 y su autor, republicano y residente en Madrid, llegó a tener problemas, al ser denunciado como "derrotista" por los profesionales de la delación y las intrigas de retaguardia. A fin de componer bien

el aguafuerte de lo que fue Madrid, tras la desbandada de las fuerzas leales en Extremadura y Talavera, el autor nos ilustra con maestría, a través de las vivencias de sus personajes, algunos pasajes de esta dramática retirada de lo que no pasaba de ser una agrupación de voluntarios, sin organización ni disciplina, mal equipados y peor armados, incapaces de detener a un ejército profesional integrado en buena parte por mercenarios marroquíes, cuya crueldad ya era célebre. También existía suficiente información en la zona leal a la República de las matanzas ordenadas por Franco y sus cruzados en Badajoz y Talavera:

Unos tras otros todos los pueblos de aquella zona —Santa Cruz de Retamar, Valmojado, Navalcarnero, Móstoles, Alcorcón, Olias, Torrijos, Bargas,



Eduardo Zamacois

ARCHIVO SECRETO, núm 5 (2011) p. 350-374

Yuncos, Illescas, Torrejón, Seseña, Valdemoro, Pinto, Ciempozuelos y muchos más— fueron cayendo en poder del adversario.

Bajó la cabeza y de nuevo enmudeció, abismándose en el infierno de sus recuerdos. Transcurridos breves instantes su voz resucitó despacio, lejana, profunda:

-¡He sufrido mucho!... En mi memoria llevo impresiones que me acompañarán y torturarán el resto de mi vida. Yo nunca olvidaré a los dementes que escapaban por los campos de Ciempozuelos cuando el enemigo prendió fuego al manicomio; ni a la anciana loca que se negó a salir de Maqueda después que nosotros evacuamos el pueblo; ni al viejo que conocí en Torrijos. Le tengo delante. Vestía traje de pana. Llevaba boina. Era alto, moreno y erguido, y tenía la barba blanca. En Torrijos no encontramos a nadie; el vecindario había huido. Las calles estaban vacías y las casas cerradas. La única persona que no consintió en moverse fue él. —“Mi yerno, mis hijas y mis nietos —dijo— se han marchado. Yo, no. Yo les espero aquí”. Aludía a los facciosos. —“Haces mal —le repliqué— porque te fusilarán”. Se encogió de hombros, con una tranquilidad en la que no había miedo ni cólera. —“Vente con nosotros” —insistí—. “No, compañero —repuso— idos tranquilos. Esta es mi casa y quiero que el enemigo me encuentre en ella”. Y allí le dejamos, solo en la inmensa quietud del pueblo desierto.

Pero no queda ahí la descripción del éxodo, y Lucio continúa con su dramático relato del éxodo de miles de toledanos, que se dirigen despavoridos hacia Madrid, ante el imparable avance de “la columna de la muerte”:

Desde hace quince días... ¡oidlo bien! ...desde hace quince se aproximan a Madrid millares de personas que, unas en carro, otras en caballerías o a pie, escapan de las tierras invadidas por la traición proterva. Yo las he visto, yo he hablado con ellas. El instinto de conservación las arrancó de sus hogares y vienen famélicas, desarrapadas, huyendo de los rifeños violadores y rapaces, de las bombas incendiarias que reducen las aldeas a escombros, de los falangistas que matan a los ancianos y a los niños, y escarnecen a las mujeres, afeitándolas el cráneo antes de fusilarlas. A muchas de esas infelices les sangran los pies, y de hambre, de tristeza y de horror se les cierran los párpados y se les desmayan las rodillas. Su miedo es el del rebaño que oyó aullar al lobo. El éxodo de los judíos, contado por las Sagradas Escrituras, se repite en Castilla. Despavoridas, sucias, llena el alma de sombras, esas gentes sin albergue ni pan, caminan día y noche, agujoneadas por el terror de que sus perseguidores las alcancen. Avanzan en grupos: las mujeres delante, con sus hijos pequeños en brazos, mientras los mayorcitos,

cogidos a las faldas maternas, lloran de cansancio; los hombres —casi todos viejos— cierran la marcha. Van callados, amustiados, rendidos; van muertos. Algunos, los más felices, llevan del roncal un borriquillo sobre el que se bambolean unos aperos de labranza, un colchón, una silla, un cesto con ropas... y la caravana en donde el sueño la rinde se echa a dormir y en los arroyos que encuentra apaga su sed.

No son muchas las novelas con la singularidad de *El asedio de Madrid*, es decir, publicadas en plena guerra civil. Con algunas excepciones, como fueron algunas de las novelas de posguerra de los “nuevos valores literarios de la Falange”, lo cierto es que la guerra civil tarda en volver como argumento de fondo, tanto en la España franquista como en el exilio republicano, hasta los años cincuenta. Escritores en el exilio, como Ramón J. Sender, Max Aub², Arturo Barea o Esteban Salazar Chapela harán de la guerra civil una parte fundamental de su trayectoria como novelistas. El panorama en las letras hispanas era, al finalizar la guerra, bastante desolador, pues se había producido una devastación, con la mayoría de los poetas, filósofos, novelistas y dramaturgos en el destierro, o en las cárceles de Franco, como fueron los casos de Antonio de Hoyos y Vinent, Antonio San José, Antonio Espina o Miguel Hernández. No solo eran un erial la Filosofía y la Universidad como apunta el libro de Gregorio Morán, *El maestro en el erial*³, sino todos los campos del conocimiento, de las artes y de las letras, y así lo reconocía el entonces joven escritor falangista Gonzalo Torrente Ballester:



Gonzalo Torrente Ballester

Ellos (se refiere a los exiliados), con el vigor que les da su situación desesperada, se entregan a la tarea creadora, derramando su obra intelectual por todos los pueblos de nuestra habla. Nosotros, durmiendo en los laureles, sólo despertamos para pequeños tiquismiquis literarios. La labor de la España peregrina puede ser, hay que proclamarlo crudamente, muy apreciable. La nuestra, hasta ahora es casi

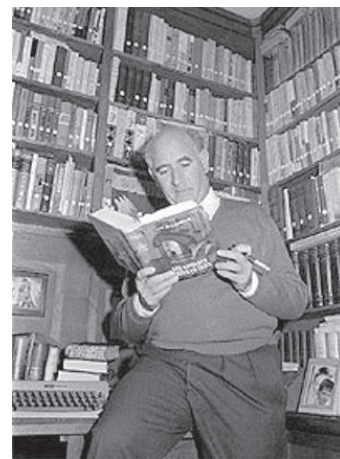
[...] Urge delimitar los campos, desenmascarar a los falsos valores, arrojarlos a la oscuridad de donde no debieron salir. Urge también plantear clara y polémicamente las directrices de nuestra cultura y eliminar de las tareas a tanto señor mediocre y desenfadado que hoy

desdichadamente sobre el cuerpo nacional. Y después entregarse con alegría, pero con claro saber de riesgos y responsabilidades, a la creación. Los viejos y los mediocres ya sabemos lo que dan de sí. Nosotros permaneceremos inéditos y tenemos derecho a recabar, violentamente si hace falta, la atención y el quehacer. Si efectivamente tenemos algo por añadir a lo universal y a lo hispánico, si en nuestros corazones y nuestras inteligencias duerme efectivamente un mensaje que ofrecer, los años lo dirán. Lo que no podemos es permanecer impasibles ante la falsificación evidente que se mueve entre nosotros, mientras la España peregrina pretende arrebatarnos la capitania cultural del mundo hispano ganado por nuestros mayores.⁴

Aunque no hay menciones concretas, es muy posible que a estos falangistas, partidarios de hacer tabla rasa del pasado, les debía de resultar incómodo que en la “nueva España” permanecieran Pío Baroja, Jacinto Benavente, Manuel Machado o Azorín, a los que la nueva estética no era capaz de reemplazar. Poco hay que reseñar en lo tocante a novelas ambientadas en la guerra civil escritas por escritores del bando vencedor, si bien se pueden anotar los nombres de Camilo José Cela, Cecilio Benítez de Castro, José Antonio Giménez Arnau, Rafael García Serrano y Ricardo Fernández de la Reguera, sin olvidarnos de novelas de viejos valores sumados al nuevo régimen como Agustín de Foxá, Concha Espina o Wenceslao Fernández Flores.

Cuando se reanuda en los años sesenta la edición de novelas ambientadas en la guerra civil se inaugurará una tendencia que dura hasta hoy, incluidos los casi veinte títulos publicados en 2009, que pretenden trasladarnos a

un poco verosímil territorio, el de la tercera España. Es decir, el subgénero que inauguró *Un millón de muertos*, de José María Gironella, publicada en 1961, y que fue considerada proclive a los vencidos por los sectores más recalcitrantes del régimen; no había sido el caso de *Los cipreses creen en Dios*, publicada por vez primera en 1953 y en la que el autor estaba aún muy condicionado por su pasado de soldado del ejército rebelde. En 1966 Gironella, autor ya de libros con tiradas no superadas por ningún novelista de aquellos años, publica el final de la trilogía, *Ha estallado la paz*.

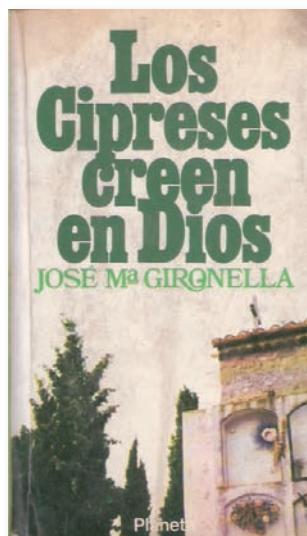
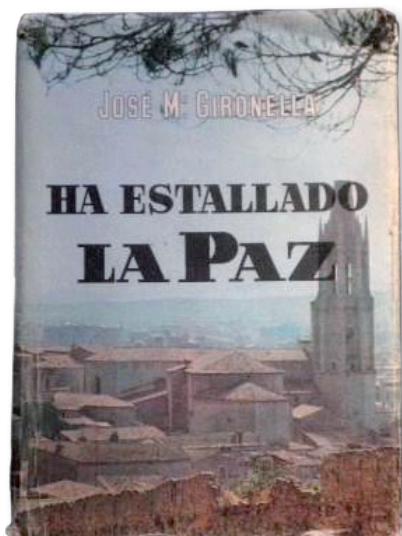


José María Gironella

No tenemos intención de realizar un recuento ni un estudio acerca de los novelistas que han tratado en sus obras la guerra civil durante los años de la tiranía franquista, pero sí dejamos anotado que el trabajo más solvente al respecto es el que realizó en su día Ignacio Soldevila en su *Historia de la literatura española* que, además, recoge referencias a otras investigaciones realizadas en esa línea.⁵

1. LOS MATERIALES DE LA HISTORIA

Es una obviedad que no son las personas vulgares, esas que llevan una vida anodina hasta el final de sus días, en la forma en la que son descritas por Andrés Ca-



rranque de Ríos, las que atraen más la atención de los narradores, sino que suelen ser aquellas otras a las que las circunstancias llevan a tener que asumir un papel, en momentos determinados de su vida, que jamás pensaron que tendrían que interpretar. Referencias y diálogos acerca de estas situaciones podemos encontrar en la ficción de una novela o de una película, como sucede en el largometraje de Stanley Kubrick, *Senderos de gloria*, donde un coronel (Kirk Douglas), ilustre jurista en la vida civil, mantiene una conversación con un cínico general profesional (Adolphe Menjou) acerca de la situación límite a la que habían sido sometidos unos soldados valientes, ciudadanos honrados antes de la guerra y que van a ser fusilados por “cobardía ante el enemigo” para cubrir las vergüenzas de un general incompetente (George Macready). En la vida real Adolphe Menjou, a quien cualquier aficionado recuerda en películas como *Marruecos* o *Adiós a las armas*, había combatido como oficial en la Primera Guerra Mundial y, quizás por lo mismo, se movía como nadie en papeles de aristócrata o militar de alto rango. Los avatares de la historia le situaron en un papel de malo real, al convertirse en uno de los más furibundos denunciantes del comunismo en Hollywood en los años siniestros de la “caza de brujas” del senador Josep R. McCarthy, ante quien se vio obligado a comparecer, como veremos, uno de los personajes de este artículo, el músico, coronel y diplomático Gustavo Durán.

Pero en lo que hace a nuestra historia, podemos retroceder a los días finales de marzo de 1939, un año en que la anunciada *primavera* de los vencedores se resistía a llegar, en términos meteorológicos, y hacía frío en Madrid. Dos antiguos amigos, uno militar, el coronel Adolfo Prada, Jefe del Ejército del Centro de la República en esos momentos y un catedrático de la Universidad Central, Julián Besteiro, pasean juntos por el patio del Ministerio de Hacienda, a escasos metros de la Puerta del Sol madrileña, en cuyos sólidos sótanos estuvo casi toda la guerra el Estado Mayor del general Miaja. En su diálogo recapitulan acerca de las negociaciones para conseguir una paz honrosa, y de las malas noticias que hay al respecto, tras los esfuerzos que como interlocutor ha realizado, desde el lado republicano, el teniente co-

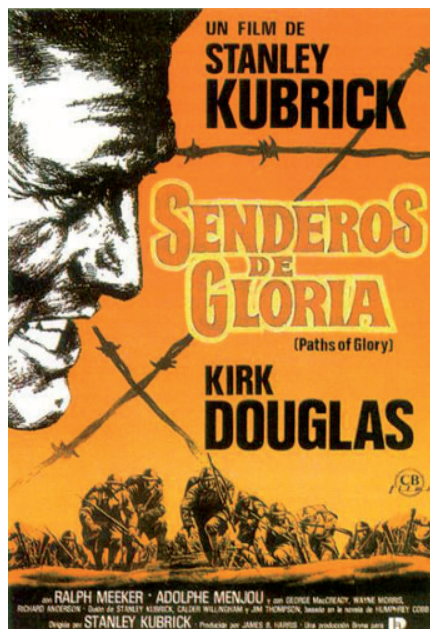
ronel de Estado Mayor Antonio Garijo, a quien conocen de antiguo por ser toledano; recuerdan aquellos años en los que llevaban una vida tranquila y apacible en Toledo, el uno como profesor en la Academia de Infantería y el otro como catedrático de Lógica en el Instituto de la capital, y como una serie de avatares, no deseados por ninguno de los dos amigos, les llevan a asumir una res-

ponsabilidad histórica: la de entregar la ciudad de Madrid a las tropas del general Franco, y a vivir en el papel de protagonistas el final de una tragedia; es seguro que si figurasen estas escenas en un guión cinematográfico el autor escribiría al margen: suena de fondo una *marcha fúnebre de Mahler*.

Apenas tres días después de esta secuencia el coronel Gustavo Durán partía hacia el exilio a bordo de un barco británico, tomado in extremis en el puerto de Gandía. Le acompañaban, entre otros mandos militares, el general Leopoldo Menéndez y el teniente coronel Francisco Ciutat de Miguel, este último uno de los oficiales profesionales que dirigieron las operaciones de asedio al Alcázar de Toledo. Pero había un pasajero mucho más relevante en aquellos momentos, nada

menos que el coronel Segismundo Casado, protagonista de un golpe de Estado contra el gobierno del doctor Negrín y que contaba con todos los parabienes de las autoridades británicas para residir en Londres. Es posible que en la larga travesía hablasen acerca de aquel primer verano de la guerra, cuando Durán acudió a Toledo al mando de la mítica unidad motorizada de ametralladoras del Quinto Regimiento y, necesariamente, tuvo que estar bajo las órdenes de Ciutat, su posterior subordinado.

En la cubierta del buque Galatea, de la Royal Navy HMS, se debieron de producir interesantes conversaciones acerca de los acontecimientos de los últimos días. Ahora todos estaban hermanados en la desgracia de los vencidos y nada hacía presagiar que pocos años después, amigos como Durán y Ciutat estarían en bandos distintos, tras el inicio de la *guerra fría*, el uno como diplomático norteamericano y el otro como militar soviético. Mas de treinta años después de aquel éxodo, Francisco Ciutat, prestigioso profesor militar, asesoraba al inexperto ejército cubano, precisamente cuando se produjo la



invasión de Playa Girón en 1961, y se quedaría sorprendido al saber que entre los dirigentes de la operación militar anticastrista se encontraban algunos republicanos españoles, exilados en Cuba en 1940, entre ellos el ex ministro y ex diputado toledano Emilio Palomo a quien por fuerza tuvo que conocer en Toledo aquel verano de 1936. Pero el azar a veces juega con los personajes de la historia, pues lo normal es que el capitán Salvador Sediles, toledano y uno de los héroes de la sublevación republicana de Jaca en 1930, y que estuvo combatiendo en Toledo en los intentos de asalto al Alcázar, al mando de unas milicias llegadas de Madrid, hubiera tenido un papel de protagonista en aquella guerra, sin embargo murió de forma estúpida, en un accidente de automóvil, cuando se dirigía a Madrid, en aquella retirada improvisada y mal organizada.

Las paradojas de aquella guerra hicieron que pintores, músicos, escritores, albañiles y labradores tuvieran que asumir el papel de mandos de un Ejército que tuvo que crearse desde la improvisación. En otro de esos diálogos acerca de los avatares que convierten en protagonistas involuntarios a ciudadanos anónimos, —en concreto en uno mantenido por el general Miaja en Madrid, en el mes de noviembre de 1936, con unos militares rusos—, al señalar éstos los fallos de organización de las fuerzas resistentes, el castizo militar español dio un puñetazo en la mesa y, tras defender el coraje y arrojo de los madrileños, espetó a los soviéticos: “que quieren ustedes, si hace seis meses uno de los jefes militares de la resistencia era picapedrero y el otro albañil”⁶. Pero también entre los militares profesionales que se mantuvieron leales a la República se produjo un reparto de papeles imprevisible, como también lo fueron las listas de sublevados y las de los leales. Nadie podía suponer, antes del 18 de julio de 1936, que generales que se habían significado como partidarios de la República, como eran los casos de Cabanellas o Queipo de Llano, se fueran a sublevar, ni tampoco el que militares conservadores y católicos como Luis Gamir, Vicente Rojo, Joaquín Pérez Salas o Antonio Escobar se fueran a convertir en los más sólidos mandos del Ejército Republicano. Entre los militares leales que destacaron en los primeros momentos de la defensa de Madrid los casos del general José Miaja y del teniente coronel Mangada no dejan de ser curiosos, por tratarse de militares con fama de “raros” entre sus compañeros de armas; el primero naturista y vegetariano y el segundo gran autoridad del esperanto y promotor, desde el Ateneo de Madrid, de campañas pacifistas contra la pena de muerte.

Otro diálogo que me parece de interés para entender las contradicciones internas con las que se tuvieron

que enfrentar muchos de aquellos militares improvisados es el que reflejó el pintor Luis Quintanilla en su libro acerca del Alcázar y su asedio. En su exilio parisino el artista rememora una conversación mantenida en Toledo, a mediados de agosto de 1936, con el capitán Salvador Carrero, oficial profesional del Cuerpo de Artillería, que dirigió las operaciones de bombardeo sobre la fortaleza, y el colofón de la misma:

Contemplé un momento el monumental edificio. No hay duda que la guerra embrutece; inconscientemente se pierde la sensibilidad, lo venía observando en mí mismo, y, sin embargo, ante la visión detallada con el telémetro de la plateresca fachada norte del Alcázar trazada por Covarrubias, sentí la amarga emoción de que se tuviese que destruir una obra de arte por la vesania de unos militares rebeldes. Para ellos el único valor de patrimonio nacional representado en el Alcázar, era haberle convertido en su madriguera, y que su noble y fuerte arquitectura les defendiese; era otro rehén de gran prestigio. Seguramente hubieran hecho lo mismo si necesitaban escudarse dentro de la solemne Catedral.

Carrero pareció comprender mis pensamientos, y me dijo: -No somos nosotros quienes hemos provocado la guerra. ¿Qué, empezamos a quitarle el tipo al torreoncito?

*Muchachos, primera pieza, fuego.*⁷

Pero volvamos a aquellos días aciagos de abril de 1939 y a la tragedia de los vencidos, en particular la de los que cruzaron la frontera francesa y que fueron maltratados, de una u otra forma, en la antigua patria de la libertad, la igualdad y la justicia. Entre los refugiados se encontraba Manuel Azaña, que había marchado de España el día 5 de febrero de aquel año. La última unidad militar en rendir honores al Presidente de la República estaba al mando de un oficial, también fuera de su profesión: el pintor leonés Vela Zanetti, y que en septiembre de 1936 había acompañado a su jefe militar, Gustavo Durán, en el desplazamiento de la motorizada



Manuel Azaña

del Quinto Regimiento a Toledo. El músico y el pintor volverían a encontrarse varias veces en el exilio, como cuando al artista le fue encargado, en los años cincuenta, un mural para la sede de la ONU, y que fue titulado “La ruta de la libertad” o “La lucha del hombre por la paz”, obra de 20 x 3’5 metros que es una de sus obras más destacadas; como es sabido el músico ya era entonces un alto funcionario internacional.

Como decíamos, en abril de 1939, Azaña era un refugiado, residente en Colonges-sous-Salève y, a través de visitas o de cartas, va conociendo la suerte de muchos amigos, internados en campos de concentración la mayoría. Entre las malas noticias, —casi todas lo eran—, que le llegan aquellos días, está la muerte reciente, en uno de aquellos campos, de su antiguo correligionario José Vega López⁸, gobernador civil de Toledo durante los primeros meses de la guerra civil. Entre tanto infortunio esta noticia pasó totalmente inadvertida, como la de un compañero del mismo campo, también jurista, Vidal Gil Tirado, fallecido al parecer el mismo día. En los dos casos, al exilarse, se habían librado de una suerte peor, pues era previsible que quien había gobernado Toledo durante el *glorioso asedio*, y quien, como Vidal Gil Tirado, había actuado como fiscal en el juicio de José Antonio Primo de Rivera, fueran candidatos seguros a ser conducidos ante un pelotón de fusilamiento, del que también se había librado otro toledano, Francisco Valdés Casas, también por entonces en el exilio, pero algo más lejos, en Argentina y que había sido gobernador civil de Alicante cuando se produjo la ejecución de aquella desafortunada e injusta sentencia. Los tres personajes, respetables y pacíficos abogados antes de la guerra, también tuvieron que interpretar papeles para los que no se habían postulado. José Vega, tras su marcha de Ocaña en diciembre de 1936 sería nombrado Juez de Primera Instancia e Instrucción de Castellón, donde coincidió con un correligionario de su partido (IR), Juan Bonet, nombrado Gobernador Civil, y ex director del Instituto Lope de Vega de Madrid en el momento de la sublevación, otro personaje fuera de su papel, pues de enseñar la lógica de Aristóteles y de Kant pasaría años después a picar piedras en la cantera del campo austriaco de Mauthausen.

Las referencias más importantes acerca de Toledo, en la literatura ambientada en nuestra guerra civil, se refieren, como no podía ser de otra manera, a lo acaecido en la actual capital castellano-manchega, durante los meses de julio, agosto y septiembre de 1936. De igual modo

ocurre con todos los libros de historia, de carácter general que se han escrito, así como con las memorias de algunos de los protagonistas. Bien es cierto que el aparato de propaganda de los sublevados difundió la “gesta” por todo el mundo desde el primer momento, con el señuelo, falso como bien sabían, de unos cadetes casi adolescentes que hacían frente a varios miles de aguerridos milicianos; después se supo la verdad, que no había cadetes y que los encerrados eran cerca de mil quinientos militares profesionales, bien entrenados en su oficio. Pero el efecto propagandístico lo consiguieron.

Durante el tiempo que duró el asedio al Alcázar, y en parte por la proximidad a Madrid de la antigua capital del imperio, no dejaron de producirse “visitas” de todo tipo, desde dirigentes políticos y sindicales a corresponsales extranjeros acreditados en España, además de diplomáticos y técnicos enviados por el gobierno para proteger las obras de arte de la catedral y museos. Son



Pietro Nenni

incontables quienes después han dejado constancia en sus libros de memorias de su paso por Toledo en aquel verano de 1936, como fue el caso del socialista italiano Pietro Nenni. Se encontraba exilado en Francia al comienzo de nuestra guerra civil. Viajó a España a comienzos de agosto de 1936, para ponerse a las órdenes de la dirección del Partido Socialista. Tuvo un destacado papel político en el Batallón Garibaldi y en las tareas de la propaganda republicana. Permaneció en España hasta el final de la guerra. Sobre el sitio del Alcázar de Toledo dejó escrito lo siguiente:

18 de agosto. El coche que nos lleva a Toledo, sigue una carretera monótona. Los campesinos están trillando y responden a nuestro saludo, levantando el puño. De vez en cuando, atravesamos un pueblo. En la carretera, mujeres y niños nos hacen también el saludo rojo. Después de una hora de viaje, aparece Toledo, dominado por la masa cuadrada del Alcázar. El coche acelera, porque la entrada de la ciudad es peligrosa. En efecto, apenas hemos pasado, cuando un fuego rabioso se abate sobre las barricadas, detrás de las cuales vigilan los milicianos. El drama del Alcázar, drama verdaderamente

dantesco es conocido. Desde hace un mes, casi dos mil personas se han encerrado en esta enorme fortaleza y se niegan a rendirse. Hay doscientos oficiales, seiscientos o setecientos guardias civiles, algunos cientos de cadetes de la Academia,⁹ sus mujeres, viejos y niños. Durante dos o tres días, los rebeldes fueron dueños de la ciudad; después tuvieron que refugiarse en el Alcázar. Desde entonces, rehúsan toda oferta de capitulación.

El sitio es severo, inexorable. De vez en cuando, algún soldado huye del Alcázar y cuenta que el agua está racionada, que los víveres faltan, que las mujeres y niños se han refugiado en los sótanos y que los rebeldes matan a sus caballos para alimentarse. Se espera la rendición de día en día pero mientras tanto, la resistencia se prolonga. La artillería y la aviación han derribado algunos edificios laterales: dos de las cuatro torres están reducidas a escombros; pero, para obtener un resultado definitivo, sería necesaria una enorme potencia de fuego.

Nos acercamos al Alcázar por calles tortuosas y estrechas. Las casas, en las inmediaciones de la fortaleza, están destruidas y abandonadas. Bajo un cielo de fuego (los españoles dicen, que cuando Dios creó el sol, lo concentró en Toledo) avanzamos a duras penas, entre la multitud de milicianos. Algunas veces hay un paso a descubierto, donde hay que tener mucho cuidado, porque los fusiles de los rebeldes perdonan rara vez. De esta forma, podemos llegar a algunos metros del Alcázar.

Entre las ruinas de las casas y de la iglesia, entre la maraña de hilos telegráficos que cuelgan de las arcadas, de los caballos de frisa instalados por los sitiadores, de los muebles y colchones destripados; en el silencio y la inmovilidad de hombres y cosas (silencio e inmovilidad que se adivinan llenos de trampas) se tiene verdaderamente la impresión de una pesadilla. A veces, por hacer algo, los milicianos que nos acompañan se ponen a disparar desde una almena. Desde el Alcázar responden y así comienza un duelo irreal entre hombres que no se ven y que solo la voz de los fusiles revela unos a otros.

En la ciudad la vida continúa, pero todo está en función del drama del Alcázar. El gobernador civil que dirige el ataque, se ha instalado en el Palacio del Arzobispo de Toledo, Primado de España, que ha huido como conviene a un prelado de tan alto rango. La milicia tiene su sede en el seminario. Un pequeño hospital de campaña está instalado en una casona de un grande de España, sobre la cual la revolución ha puesto su mano, pero sin destruir cosa alguna del maravilloso contenido. Los con-

ventos e iglesias están ocupados. Entre la multitud de milicianos y feligreses mezclados, nos encontramos algunas monjas, quienes liberadas de sus votos, después de quince o veinte años de claustración, tienen un aire asustado, el andar incierto y en los ojos, no sé qué reflejo de secreta ansiedad. Pero se esfuerzan por adaptarse a los tiempos nuevos. Solo resiste el Alcázar, orgulloso símbolo del viejo mundo, mientras que a su alrededor se derrumban los signos exteriores de la dominación del clero y del ejército¹⁰.

Fue enorme la “fama” alcanzada por la “gesta” y también la importancia que el régimen franquista dio, durante toda su existencia, al episodio del Alcázar de Toledo, de permanente homenaje, con referencias, utilizadas por el propio Franco, que venían a añadirse a la propia denominación de la España victoriosa, como aquella de “la España del 18 de Julio”. Como muestra de esta “fama” reproducimos un párrafo de un discurso de Albert Camus, en un mitin antifranquista celebrado en París, en abril de 1951, al hacer mención al catolicismo del Caudillo dijo que:

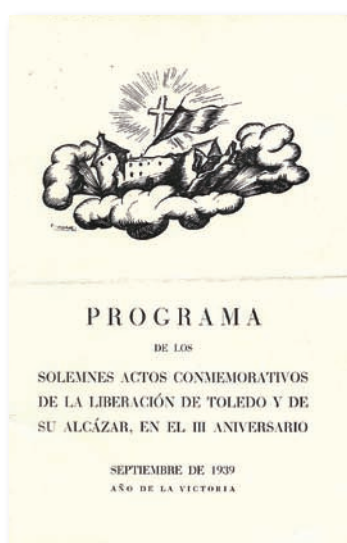


Recientes artículos franquistas pretenden que la censura se ha suavizado; pero tras un examen de los textos, se ve claramente que esa suavidad consiste en permitir todo cuando no está prohibido. Franco mismo que se inspira a veces en uno de nuestros grandes escritores, José Prudomme, ha declarado que “la España del Alcázar de Toledo, permanece adicta a la Cátedra de San Pedro” lo que no le impide censurar al Papa cuando éste habla a favor de la libertad de Prensa. En Europa, el Papa tiene derecho a la palabra lo mismo que los que piensan que el Papa hace mal uso de ese derecho.¹¹

En torno a este episodio, protagonizado en la levítica ciudad de Toledo, durante el verano de 1936, por un grupo de militares y civiles alzados en armas contra el gobierno legítimo de la República Española, se han escrito ríos de tinta y aún hoy se mantiene, por parte de los nostálgicos del franquismo, como segundo lugar de peregrinación fascista, después del Valle de los Caídos. El estamento militar mantiene aún la posesión de una

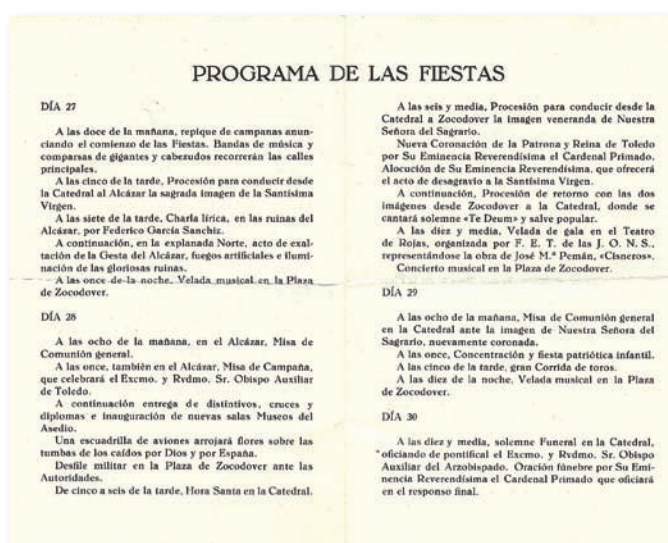
fortaleza que fue residencia de Carlos V y Academia de Infantería hasta 1936, y dentro de sus muros permanece el llamado “Museo del asedio”, así como una necrópolis para enterramiento de antiguos “defensores”. El reciente traslado del Museo del Ejército a Toledo, previo acondicionamiento del Alcázar y la construcción de las instalaciones adosadas, parece que —no sin problemas internos en el seno del Ministerio de Defensa—, acabará con el uso de este lugar como “memorial” de los rebeldes de 1936. Cuestión distinta es la barbaridad perpetrada por el gobierno español, primero el de José María Aznar y después por el de José Luís Rodríguez Zapatero, con el Museo del Ejército, no solo por el traslado, con lo que se ha privado a Madrid de un Museo nacional con más de doscientos años de antigüedad y uno de los mejores del mundo en colecciones de armas y pertrechos de guerra, sino por la dispersión de muchas piezas, presuntamente cedidas a universidades y museos locales. Aquí también se ha dado la paradoja de que no fue la muy unitaria y centralista monarquía la que llevó a cabo la gestación de un gran museo del Ejército, sino que fue Manuel Azaña, durante el primer bienio republicano, quien llevó a Madrid viejos cañones, armaduras y pendones, dispersos por pequeños museos y acuartelamientos, para dar esplendor al viejo Museo de Artillería que fundara Manuel Godoy en 1803, pasando a denominarse Museo Histórico Militar.

Por su parte, otro estamento de los vencedores, la Iglesia católica, mantiene viva la memoria y el victimismo de los “encerrados” en el Alcázar, al dar cobertura, cada 27 de septiembre, a la “Fiesta de la Liberación” de Toledo, con procesión castrense incluida, en honor de “Nuestra Señora Santa María del Alcázar”, que tiene su domicilio en la Catedral, con festejos y homenajes a sus caídos. Como no podía ser de otra manera, el finado Juan Pablo II, en su cruzada por beatificar a los “mártires de la cruzada”, se acordó también de un joven defensor, Antonio Rivera, afiliado a Acción Católica y que pasó a la historia como “el Ángel del Alcázar”. Y si esta es una cara de nuestra realidad, no podía ser de otra manera la realidad bibliográfica en la



corriente neofranquista que, con gran belicosidad y bajo la protección intelectual del hispanista Stanley G. Payne, mantiene sin moverse el mismo discurso propagandístico de la “cruzada”, de los Arrarás, Aznar o Ruiz Albéniz.

Para ver la importancia que aún dan al polémico episodio, quienes se consideran herederos o admiradores del régimen del general Franco, basta observar los libros aparecidos recientemente en defensa del “heroísmo” del coronel Moscardó y sus rebeldes seguidores, pero, sobre todo, la virulencia y el odio que aún destilan sus páginas. Con un esfuerzo digno de mejor causa, estos propagandistas de la “cruzada”, apuntan sus armas —menos mal que ahora son solo de papel— contra quienes han discrepado de la versión oficial franquista de lo que ocurrió en Toledo entre el 18 de julio y el 28 de septiembre de 1936. Sus bestias negras predilectas son, aún hoy, el hispanista norteamericano Herbert R. Southworth, por su extraordinario libro *El mito de la cruzada de Franco*, y el pintor Luis Quintanilla, autor de un libro, fruto de sus propios recuerdos, titulado *Los rehenes del Alcazar de Toledo*, seguidos por el periodista, también norteamericano, Herbert Matthews, protagonista involuntario de una polémica en 1957 con el “maestro de periodistas” Manuel Aznar, tras la edición de un libro acerca del régimen franquista titulado *El yugo y las flechas*. Fue a instancia del gobierno, y no propia como se ha dicho en fechas recientes, que este hagiógrafo de Franco escribió *El Alcázar no se rinde*, donde arremetía contra un libro que los españoles no pudieron leer por estar prohibida su distribución. Lo cierto es que el famoso periodista yanqui apenas dedicaba cinco páginas al episodio alcazareño, y sin embargo motivó toda una campaña internacional del aparato de propaganda del régimen.



Lo cierto es que a estas alturas, por mucho que les pese a los libelistas neo franquistas, están acreditados una serie de hechos difícilmente rebatibles. En primer lugar, es el fracaso de la sublevación en Toledo y su provincia, a pesar de contar los rebeldes con un contingente militar profesional, en su mayoría guardias civiles, con armamento y víveres para resistir varios meses. Es decir, los medios y fuerzas con que contaban los “cruzados” eran muy superiores a los de otras provincias castellanas en las que triunfó la sublevación en los primeros días. Su ineptitud fue palmaria; solo se defendieron a sí mismos, tras unos muros inexpugnables para el contingente de milicianos inexpertos que realizó el cerco a una fortaleza, defendida por más de mil profesionales de la milicia.

Desde hace tiempo ha quedado acreditado la existencia de rehenes en el interior del Alcázar, documentada en diversas fuentes y testimonios, como también el trágico destino final de los mismos. Si no hubo más rehenes fue por la resistencia que encontraron, desde los primeros momentos, entre los toledanos. En su siniestro *haber* hay que poner también el asesinato del ex diputado de las Cortes Constituyentes, el socialista Domingo Alonso, por su firme negativa a acompañarles, así como los de otras personas menos conocidas, como el maestro de la prisión de Toledo, Francisco Sánchez López, apresado, encerrado en el Alcázar y asesinado al finalizar el asedio. Otro asunto más o menos opinable, a la hora de la consideración jurídica, es la presencia en el encierro de más de trescientas mujeres y una cifra similar de niños, a quienes el gobierno republicano intentó por todos los medios librar del horror al que les habían conducido sus familiares golpistas. La mayoría de estos familiares eran esposas e hijos de los guardias civiles llegados de distintas comandancias de la provincia, pues es conocido que los oficiales y jefes sublevados, con Moscardó a la cabeza, dejaron a sus familias en sus domicilios, a merced de las “hordas marxistas”. Salvo algunos casos como el de Luis Moscardó en general no fueron inquietados los familiares de los alzados en armas, ordenándose por las autoridades republicanas el traslado de algunos de ellos a Madrid, para evitar la acción criminal de grupos incontrolados.

La represión brutal que ejercieron sobre la población, una vez “liberados” de su encierro por las tropas extranjeras de la Legión y Regulares, adquirió proporciones tan brutales como las llevadas a efecto en ciudades como Badajoz o Talavera. Episodios de aquellos días, como la matanza llevada a efecto en el Hospital Tavera o en la Maternidad creo que restan algo de brillo a su jornada triunfal, a la espera de recibir a Francisco Franco.

Años después, en la década de los cuarenta, era un “merito” preferente, para ser condenado a muerte por aquellos tribunales militares el haber tenido algo que ver con el asedio al Alcázar.

Las polémicas desatadas en torno al mito del Alcázar de Toledo han tenido su origen en las propias contradicciones existentes en las versiones franquistas, si bien al día de hoy nadie discute asuntos como la existencia de la famosa conversación telefónica de los republicanos con Moscardó, pero sí los términos de la misma, la identidad de los protagonistas, y la relación causa efecto con el triste final de Luis Moscardó Guzmán.

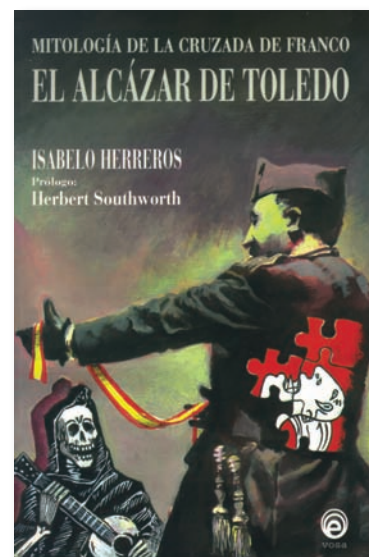
Y aunque todavía persisten los debates acerca de la decisión de Franco de posponer la ofensiva sobre Madrid, objetivo en el que habían fracasado sus compañeros de aventura, lo cierto es que el día 29 de septiembre de 1936, con la victoria de Toledo reciente, Francisco Franco Bahamonde se convierte en Jefe del Gobierno del Estado Español, por acuerdo de la facciosa Junta de Defensa Nacional reunida en una finca salmantina de reses bravas.

No parece, tras la publicación de la concienzuda investigación del profesor José María Ruiz Alonso¹², que quede nada que discutir en cuanto a lo que son los hechos acreditados y documentados, acerca de todo lo que ocurrió en Toledo durante nuestra última guerra Civil.

2. PROTAGONISTAS DE NOVELAS Y MEMORIAS

2.1. EL SOLDADO DE PORCELANA EN TOLEDO

El músico Gustavo Durán¹³ es sin duda, de todos los protagonistas de nuestra Guerra Civil, el que cuenta con mayor entidad literaria. Hasta 1934 se había dedicado a la creación musical y a dirigir orquestas, como hizo durante varios años como compañero artístico de Antonia Mercé *La Argentina*, para la que compuso *El fandango del candil*. Mítico y prestigioso militar desde los primeros





Gustavo Durán

meses de la guerra, tras incorporarse como miliciano voluntario, llegó a tener el mando de una división del ejército republicano, y a formar parte de la cúpula de las fuerzas armadas españolas, sin haber pasado por una academia militar. Mucho se ha especulado acerca de la preparación militar de Durán, apuntándose, como elogio o acusación, que, como Lister y algunos otros mandos comunistas,

había asistido a cursos de formación militar en Moscú. Nada hubo de eso, sino que, como hijo de un coronel, pudo realizar el servicio militar en condiciones ventajosas, en los últimos años de la monarquía, licenciándose con el grado de alférez.

Tras marchar al exilio en 1939 y naturalizarse norteamericano trabajó hasta 1946 para el Departamento de Estado. Después trabajó en la ONU hasta el final de sus días, como diplomático en puestos relevantes y en difíciles misiones, como fueron las desarrolladas en África.

En 1950 tuvo que defenderse ante el tristemente célebre Comité de Actividades Antiamericanas de las acusaciones que contra él formuló el senador McCarthy, en las que se le señalaba como notorio comunista y homosexual. La documentación manejada por el siniestro y paranoico senador no era otra que un reportaje publicado en España en 1946, en el diario falangista *Arriba*, en el que se imputaban a Durán todo tipo de inmoralidades y crímenes. Hasta entonces Gustavo Durán era para el franquismo un “rojo” más en el exilio, pero lo que sucedió fue que, tras el final de la Segunda Guerra Mundial, el Departamento de Estado encargó, a quien consideró el funcionario más cualificado para hacerlo, un informe acerca de las relaciones de Franco con Hitler y Mussolini, y este funcionario no fue otro que Gustavo Durán. El informe, destinado al gobierno norteamericano, tuvo gran trascendencia y retrasó las maniobras de la diplomacia del régimen de los cruzados españoles para obtener las bendiciones y limosnas de los vencedores de 1945. También había realizado otro informe relativo a las veleidades nazis de Juan Domingo Perón. El espionaje franquista averiguó la identidad del autor del informe y, como venganza, en-

cargó a los sicarios de la propaganda del régimen la fabricación de un libelo contra Durán, donde por primera vez aparece el “mote” homófobo, también inventado, de *El Porcelana* y se le acusaba de haber sido agente de la policía secreta rusa durante la guerra civil. De forma brillante salió del trance, tras rebatir una a una todas las acusaciones, si bien le debió de resultar doloroso tener que refutar también unas

declaraciones —manejadas por McCarthy— de quien había sido superior suyo en España, como Ministro de la Guerra, Indalecio Prieto, realizadas por éste a unos funcionarios de la embajada norteamericana en México, y en las que vinculaba los ascensos obtenidos por Gustavo Durán, durante la guerra de España, a las presiones del Partido Comunista.

Una de las referencias que encontramos de la presencia de Durán en Toledo es del escritor ruso Ilya Ehramburg:

En el camino a Toledo me encontré con mi viejo amigo el músico Gustavo Durán. La primavera anterior habíamos conversado sobre Prokofief y Shostakovit.

Ahora había organizado una división motorizada. Hablamos de artillería automática. Cuando los franquistas avanzaron desde Toledo hacia Madrid, los doscientos milicianos de la división habían detenido al enemigo cerca de Húmera.

Esta nota coincide con referencias encontradas en obras sobre la Guerra Civil y que sitúan a Durán al mando de una unidad motorizada cubriendo la retirada republicana ante el avance de los rebeldes desde Extremadura. También parece lógico que participase con su unidad en el sitio del Alcázar, pues está documentada la presencia en Toledo, en septiembre de 1936, de una unidad motorizada adscrita al Quinto Regimiento y que, no solo intervino en las operaciones del asedio, sino bajo el mando del propio Enrique Lister, en la organización de la evacuación y retirada de las tropas los días 27 y 28 de septiembre de 1936.

En la edición de “notas y comentarios” de Gustavo Durán sobre la guerra civil¹⁴, editada por José Martín-



Artajo, no aparecen referencias anteriores a noviembre de 1936. Tampoco encontramos referencias a la participación de Durán en operaciones militares anteriores a noviembre de 1936 en la novela de Horacio Vázquez Rial.¹⁵

Una reciente biografía¹⁶ nos aproxima un poco más al deslumbrante personaje de Gustavo Durán. Mucho debió de impresionar a André Malraux, que lo convierte en protagonista de *L'Espoir*, con el nombre de Manuel, mientras que en *Por quién doblan las campanas*, de Ernest Hemingway, aparecerá con su propio nombre, como destinatario de grandes elogios, algo poco habitual en el autor de *París era una fiesta*:

*Te has portado muy bien, para ser sólo un profesor de español en la Universidad de Montana —pensó, tomándose el pelo a sí mismo—. Te has portado bien para ser un profesor. Pero no vayas a figurarte que eres un personaje extraordinario. Piensa simplemente en Durán, que no había recibido nunca instrucción militar, que era un compositor, un niño bonito antes del Movimiento y ahora es un general de brigada rematadamente bueno. Para Durán todo ha sido tan sencillo y tan fácil de aprender como el ajedrez para un niño prodigio. Tú estás estudiando el arte de la guerra desde tu infancia, desde que tu abuelo empezó a contarte la guerra civil norteamericana. Salvo que tu abuelo la llamaba siempre "la guerra de rebelión". Pero al lado de Durán eres como un buen jugador de ajedrez, un jugador muy sensato y de buena escuela frente a un niño prodigio. El amigo Durán. Sería bueno volverle a ver. Le vería en el Gaylord, cuando esta guerra termine. Sí, cuando termine esta guerra.*¹⁷



Ernest Hemingway

También aparecerá, no en una sino en varias novelas de Max Aub, desde *La calle de Valverde* a los *Campos*, bajo el nombre de Victoriano Terrazas, tal y como refiere el

propio escritor en una anotación hecha en su diario a la muerte de Durán¹⁸.

El nombre de Gustavo Durán es inevitable en cualquier libro que aborde la guerra civil española, a pesar de que en los años cincuenta y sesenta el “aparato” del Partido Comunista de España en el exilio, dirigido por Santiago Carrillo, no solo lo situó en el bando enemigo, propagando todo tipo de calumnias, sino que trató de borrar su nombre de la historia. No ha sido posible hacer desaparecer de los libros a Gustavo Durán pues el papel jugado como mando del ejército republicano fue muy relevante y probablemente más eficaz que el de algunos de los “caudillos” populares.

En la correspondencia de Manuel Azaña, editada en sus obras completas, nos encontramos con una referencia en una carta, fechada en Valencia el 5 de septiembre de 1937, y dirigida a su cuñado y amigo Cipriano de Rivas Cherif, cónsul en Ginebra, en la que le da noticia de amigos comunes:

Amós¹⁹ está aquí, pero nos vemos poco. Ha venido su mujer. Díez Canedo me ha dicho que te escribirá desde Londres, a donde va a pasar unos días, pidiéndote original para la revista “Madrid”. Te escribirá desde Londres para que le contestes allí. Giral ha tenido un arrechucho alarmante; parecía un amago de derrame. Ya está bien, y no te des por enterado. El “músico hermosísimo” de que hablaba el pobre de García Lorca, manda una división, y está muy apuesto en su uniforme²⁰. Chabás²¹ también es jefe de algo y cuentan que se porta muy bien. Que se le ha pegado el “lenguaje rudo de los campamentos”, me consta, de cuando estuvo a verme.

2.2. ARTURO BAREA

La presencia de Toledo en la trilogía de Arturo Barea²² *La forja de un rebelde* no es accidental o casual, pues al tratarse de un recorrido autobiográfico nos encontramos a veces con alusiones a su infancia en Mérida, o a su vinculación con Novés, su segunda residencia en los años republicanos, y donde el escritor se implicó en las luchas políticas locales, en particular en la campaña electoral de febrero de 1936.

Al comienzo de *La llama*, tercer tomo de *La forja*, Barea nos habla de su origen:

Oh, sí, ya sé que Toledo es también Castilla; pero esto es sólo en los tratados de geografía. Toledo es tierra aparte, Toledo fue siempre un islote en el viejo mapa de Castilla. Dejaron en él sus huellas las legiones de Roma y



Arturo Barea



la flor y nata de los árabes que invadían Europa; los caballeros medievales y los cardenales de sangre real bastarda que dejaban la misa para empuñar la espada; los viejos artifices moros y judíos que labraban oro, plata y piedras y los artesanos que batían el acero con sus martillos, le templaban en las aguas del Tajo y le adornaban con filigranas de oro. El Greco está aún vivo en Toledo. Tendré que escapar un día y perderme una vez más en sus callejuelas.

En fin, aquí está el autobús. Es curiosa la prisa de los viajeros, al asalto del coche, como si fuera a escapar sin ellos. Como en la vieja diligencia. Y como entonces, es fácil separarlos: los hombres magros y cenceños de las tierras de pan de Brunete con sus mujeres flacas, huesudas, sus cuerpos agobiados de partos y sus caras recomidas de sol y hielo; y los hombres de la Vega de Toledo, hombres de las tierras de vino de Mérida, un poquito panzudos, bonachones, la piel curtida pero blanca, con sus mujeres abundantes y alborotadoras.

Me divierte pensar que yo soy un cruce entre los dos; mi padre era castellano, mi madre toledana.

Al territorio de su infancia vuelve más adelante, precisamente cuando refiere, desde su puesto de observador en el frente de batalla, lo que le evoca la visión del pueblo de Brunete:

Me reveía como un muchacho andando a lo largo de su calle única, la calle de Madrid, entre el tío José y sus hermanos, él su traje de alpaca y ellos en sus pantalones de pana y el polvo. A pesar de sus muchos años en la ciudad, el tío José tenía la piel y el olor de un campesino de Catilla la seca.

Allí, detrás de aquella nube negra, llena de relámpagos, Brunete estaba siendo asesinado por los tanques llenos de ruidos de hierros, por las bombas llenas de gritos delirantes. Sus casitas de adobe se convertían en polvo,

el cieno de su laguna salpicaba todo, sus tierras secas sufrían el arado de las bombas y la simiente de la sangre. Todo esto me parecía un símbolo de nuestra guerra: el pueblo haciendo historia con su destrucción, bajo el choque de los que mantienen todos los Brunetes de mi patria áridos, secos, polvorientos y miserables como siempre han sido, y de los otros que sueñan con transformar los pueblos grises de Castilla, de España toda, en hogares de hombres libres, limpios y alegres. Para mí era también un punto personal: la tierra de Brunete contiene algunas de las raíces de mi sangre y de mi rebelión. Su herencia seca y dura ha batallado siempre dentro de mí contra el calor alegre que he recibido como herencia en la otra rama de mi sangre, del pueblo de mi niñez, Mérida, con sus viñas, sus cerros verdes, sus arroyos lentos y cristalinos en la sombra de las alamedas; Mérida, una mota más allá de la llanura, lejos de la nube siniestra, pero prisionera ya de los hombres que estaban convirtiendo los campos de España en ruinas yermas.

Pero no son las anteriores las únicas referencias toledanas que encontramos en la obra de Arturo Barea, pues también el protagonista visitó Toledo y, es muy posible, que la misión que llevaba encomendada, la de hacerse con un cargamento de granadas de mano en la Fábrica de Armas de Toledo, se corresponda con la realidad, es decir, que Arturo Barea, por entonces muy bien relacionado con la dirección nacional del Partido Socialista, acudiera en misión oficial para someter al comité obrero a la disciplina del gobierno, algo que también intentaron otros visitantes. En la novela se dan algunos datos del viaje que pudieran corresponder o no con la realidad, como que el viaje lo hizo en un coche prestado por el Partido Comunista. No hace falta ser un gran conocedor de las primeras escaramuzas de retaguardia, para intuir que Indalecio Prieto se dio cuenta de la importancia de contar con armamento bajo control, tal y como hizo muy pronto el Partido Comunista, lo que le llevó a controlar muy pronto importantes unidades de milicias. Es muy posible que estas misiones, encomendadas a personalidades de confianza en el seno del PSOE, tuvieran por objeto contrarrestar aquel desmesurado crecimiento de su adversario más directo en el movimiento obrero. Por las referencias que Barea suministra, podemos establecer como fecha de su visita la de mediados de septiembre, es decir, después de la visita "parlamentaria" de Vicente Rojo a la fortaleza, y que tuvo lugar el día 9 de septiembre de 1936:

Las milicias habían ocupado todos los edificios que dominaban el Alcázar y habían emplazado una batería fuera de la ciudad en la otra orilla del río Tajo. Todos los asaltos habían fracasado. Por aquellos días el

Gobierno había ofrecido el perdón a los rebeldes si se rendían, y estos habían rechazado la oferta. Se hablaba de un nuevo asalto final. Se hablaba también del avance hacia Toledo de una columna enemiga que había tomado Oropesa.

Tras la gestión infructuosa Arturo y Fausto visitaron in situ el escenario del asedio:

Fuimos hasta la esquina de Zocodover, la plaza del mercado en Toledo. Sillas rotas, árboles con las ramas desgajadas, barras de hierro retorcidas, el quiosko de la banda en ruinas, harapos y papeles viejos dispersos acá y allá, las fachadas de las casas llenas de costurones, agujas agudas de cristal colgando del marco de las ventanas, el balcón de un hotel colgando en el aire sujeto por un hierro roñoso. En medio de la plaza, nadie, como si allí no existiera más que un vacío silencioso. En los quicios de las puertas y detrás de las esquinas, milicianos y guardias de asalto en uniformes azules se agazapaban en posiciones ridículas, vociferando y gesticulando, disparando, gritando órdenes, soplando furiosos en silbatos estridentes; todos a cubierto del fuego del Alcázar. Algunas veces, una bocanada de humo, como si detrás de la ventana estuviera sentado un fumador, surgía de la fachada rosada del Alcázar, pero era imposible oír el disparo entre los cientos de disparos inintermitentes de la muchedumbre al pie de la fortaleza. Era como la visión de una película sonora en la que la fotografía y sonido no sincronizaban: el actor abre la boca para hablar y, mientras, oís la voz de la mujer que la escucha con los labios cerrados.

2.3. *AQUELLA VALENCIA, O LAS MEMORIAS DE ESTEBAN SALAZAR CHAPELA*

La primera vez que tuve ante mí el nombre de Esteban Salazar Chapela²³ fue al leer, allá por los finales de los años setenta, las *Obras Completas* de Manuel Azaña. De las cartas entonces publicadas llamaban especialmente la atención las dirigidas a unos pocos amigos por el ex presidente de la República, una vez finalizada la guerra; la clarividencia con que enfrenta la relación de los hechos acaecidos aún sorprende hoy y, en consecuencia, no sorprende el pesimismo que transmiten. Dos cartas de esa etapa llaman poderosamente la atención, una escrita desde La Prasle, Collonges-sous-Salève, el día 28 de junio de 1939, a Angel Ossorio y Gallardo, por entonces exilado en Argentina, donde le había sorprendido el final de la guerra cumpliendo con sus obligaciones de Embajador de la República Española; la otra, fechada en Pyla-sur-Mer, el 26 de febrero de 1940, dirigida a su antiguo contertulio, el escritor Esteban Salazar Chapela,

Esteban Salazar Chapela



exilado en Inglaterra. Ambas cartas tienen en común que están dirigidas a amigos del ámbito particular, y también reflejan el estado de ánimo del ex Presidente, en exilio, enfermo, pero lúcido a la hora de hablar de los penosos acontecimientos del final de la guerra de España. Hay cierto tono testamentario en las epístolas, escritas por una persona abatida, pero que intenta sobreponerse:

Veo en los sucesos de España un insulto, una rebelión contra la inteligencia, un tal desate de lo zoológico y del primitivismo incivil, que las bases de mi racionalismo se estremecen. En este conflicto, mi juicio me llevaría a la repulsa, a volverme de espaldas a todo cuanto la razón condena. No puedo hacerlo. Mi duelo de español se sobrepone a todo. Esta servidumbre voluntaria me ha de acompañar siempre y nunca podré ser un desarraigado. Siento como propias todas las cosas españolas, y aun las más detestables hay que conllevarlas, como una enfermedad penosa. Pero eso no impide conocer la enfermedad de que uno muere; o más exactamente de que nos hemos muerto; porque todo lo que podemos decir ahora sobre lo pasado suena a cosa del otro mundo.²⁴

La carta escrita a su viejo amigo de las tertulias literarias de la Granja el Henar, Regina y el Ateneo de Madrid, es una respuesta a la que Salazar Chapela le había dirigido desde Londres, con su opinión acerca de *La velada en Benicarló*, y que tanta polémica originó entre los exilados. Pocos días después de escribir a su amigo, Manuel Azaña tuvo una recaída en su salud, de la que ya no se repondría; parece como si al presentir la muerte tuviera prisa y quisiese dejar por escrito, en forma de cartas a sus amigos mas próximos, su testamento político. De la citada carta resaltamos lo siguiente:

Se ha de tener también en cuenta los efectos del choque que ha padecido la masa nacional, efectos que aún no se han manifestado, y para evitar que se manifiesten existe, además de por otros motivos, la opresión actual en Es-

pañá. No vayamos nosotros, sin proponérselo, a crear una opresión de otro tipo, impidiendo que los frutos de la experiencia y de la reflexión vengan a término, y que todos se aprovechen de ellos. Nuestro pueblo es creador de ortodoxias y se empeña en sustraerlas a la acción del tiempo. Mucho me temo que, en lugar de poner en movimiento el cacumen y de esforzarse en ordenar la inmensa materia acarreada por la guerra y sus circunstancias, recaigan los más en parálisis, y se constituyan en republicanos "históricos", mantenedores de una tradición que, por violada que esté, les parecerá siempre virgen. Y habremos de ser guardadores de la "República del 14 de abril", o de un texto abolido, de una memoria putrefacta... Actitud que gusta mucho en nuestro país, porque tiene además la apariencia de la lealtad, de la fidelidad. A mi juicio ha de hacerse lo contrario. Y no bastaría echar piel nueva. Si hemos de pasar como españoles de muerte a vida, si nuestro país no ha de ser un pudridero en que la víctima y el verdugo se corrompan juntos, si ha de lograrse una transfiguración del espíritu nacional a favor del escarmiento apadrinado por la locura y la estulticia será volviéndose de cara a la realidad del sentir español, que no puede haber desperdiciado la lección y aprovecharlo para fundar algo nuevo, quemando no solamente las bambalinas y los bastidores, si no la letra y la solfa de las representaciones caducadas. Nada de eso puede conseguirse si a la menor excitación del juicio propio se responde con las pataletas ortodoxas, y si el conocimiento cabal de las aspiraciones españolas se sustituye con la restauración de comités anodinos, que ya eran inútiles (soy testigo) antes de la instauración de la República. Confiemos en que habrá gente nueva capaz de entenderlo mejor.²⁵

La profesora Francisca Montiel, reconocida experta en la vida y obra de Esteban Salazar Chapela, en la introducción que escribió en el libro *En aquella Valencia*,²⁶ nos dice que:

Salazar Chapela calificó "En aquella Valencia" de "memorias" en otra de las cartas que escribió a Max Aub, fechada en Londres el 25 de septiembre de 1963. El novelista no podía abordar el tema de la guerra sino desde su propia experiencia. Así, y no de otra forma, se proponía dar su testimonio de un tiempo que era no sólo parcial sino lejano ya en el momento de la escritura. Otros autores en el destierro han dejado constancia de sus vivencias durante ese tiempo. Parte de ellas se sitúan también en Valencia, capital provisional de la República desde noviembre de 1936 hasta octubre de 1937.

No deja de ser curioso que *En aquella Valencia*, que inicialmente iba a ser publicada por la editorial bonaerense Losada, no pudiese ser editada en España, debido, según carta de Max Aub a Salazar Chapela, fechada el 17 de septiembre de 1963, a que en España, por entonces era totalmente tabú hablar de Guadalajara y menos de Moscardó.

Pero vamos a las referencias toledanas de la novela que encontramos en forma de diálogo entre el protagonista, Sebastián Escobedo, Mary y Eduvigis:

- No hicimos más que sentarnos a la mesa cuando Eduvigis volvió al asunto:

- Vaya chasco para el gobierno de Valencia. Perder Málaga tan fácilmente como se pierde un pañuelo.

Contesté:

- No ha sido chasco ninguno, Eduvigis. Desde hace dos meses estaba previsto todo esto. El Gobierno pensó con muy buen juicio era preferible abandonar aquello que retirar fuerzas de otros frentes más importantes. Militarmente la pérdida de Málaga no significa nada, nada absolutamente.

- La verdad -dijo Eduvigis muy resuelta—, en toda esta guerra no ha habido más que un acto de heroísmo: el Alcázar de Toledo.

Y Madrid -le contestó Mary.

- Si se quita lo del Alcázar —siguió Eduvigis como si no hubiera oído a Mary—, lo demás ha sido un corral de gallinas. Y esto lo sabe todo el mundo. Cuando las tropas nacionales liberaron el Alcázar hasta tocaron las sirenas en Buenos Aires.

Mary le replicó:

- Pues deberían seguir tocándolas todavía, pues Madrid sigue resistiendo.

- Mire usted, Eduvigis —le dije calmadamente al advertir que el fascio estaba hoy levantisco—. No hay que pretender que el valor de los españoles, ni el de ningún otro pueblo, se divida por sus ideas políticas. Tan valiente se puede ser siendo fascista como siendo demócrata.

Eduvigis me contestó con viveza:

- Cuando se tiene fe en Dios y se sabe que Dios está de nuestra parte se pelea con más coraje.

- Ahí está su equivocación, Eduvigis —le repliqué todavía más flemudo—. También los otros tienen fe. Religiosa o política pero tienen fe.

- No compare usted, Sebastián, una cosa es creer en Dios y otra creer en paparruchas.

- Permítame que le repita que está usted equivocada, Eduvigis. Desde el punto de vista de los valores humanos, todos los autores están de acuerdo en que es muchísimo más espiritual creer en Dios que creer en una paparrucha; pero desde el punto de vista psicológico, el mismo ardor puede dar para la pelea la creencia ciega en una paparrucha que la creencia en Dios. A lo largo de la historia los hombres se han matado muchas veces por paparruchas nada más.

- Yo lo que digo es que en esta guerra no hemos visto nada comparable a lo del Alcázar.

- Madrid —señaló Mary otra vez—, Madrid.

Mary sabía muy bien que sólo la mención de Madrid encalabraba mucho a Eduvigis.

- Con el Alcázar no se puede comparar nada. El Alcázar es único.

Debo confesar que ya estaba yo cansadísimo del Alcázar de Toledo, pues no era ésta la primera vez que lo sacaba a relucir Eduvigis. Gracias a sus amplias informaciones obtenidas en las emisoras respectivas de Sevilla y Burgos, Eduvigis nos había relatado en distintas ocasiones por lo menudo cómo vivieron los sitiados en la fortaleza, qué comían, qué bebían, cómo por falta de sal hubieron de sazonar sus bastimentos con salitre de las paredes, cómo el día de la Asunción celebraron esta festividad religiosa con zapatetas flamencas, cante jondo y repiquetear de castañetas. Mary y yo estábamos ya hasta la coronilla de todo esto.

- Lo del Alcázar ha sido una cosa tan española...

Al oír este nuevo ditirambo sentí que mi paciencia había llegado a su límite. Es decir, sentí y pensé que había llegado el momento de demoler de una vez para siempre la toledana leyenda.

Tomé la piqueta y comenté:

- Amiga Eduvigis. Yo no dudo de ningún modo de la valentía del defensor del Alcázar, del ya famoso Mascaró.

- No se llama Mascaró —me corrigió Eduvigis—. Se llama Moscardó.

Sabía yo perfectamente que se llamaba Moscardó y no Mascaró, pero dije una cosa por otra para demostrar que lo mismo me daba Mascaró que Moscardó.

El diálogo prosigue y el novelista, a través de Sebastián Escobedo, desmonta el mito del heroísmo de los encerrados, con el argumento de que estos, ante la seguridad que tienen de que en caso de rendirse se verán ante un consejo de guerra y después ante un pelotón de ejecución, por haber secundado un golpe de Estado contra la República, lo que hacen con su resistencia es, en el peor de los casos, prolongar su vida unos meses:

Pero es más, Eduvigis: cuando el comandante Rojo, también militar de carrera, amigo de Moscardó, visitó a éste en nombre del Gobierno de la República para ofrecerle condiciones de rendición, éstas condiciones sólo garantizaban la vida y la libertad a las mujeres y a los niños que había allí. Él y los demás varones adultos serían llevados a los tribunales militares... Es, pues, natural, es sensato, es consecuente, es humano, es animalmente instintivo (pero no es heroico) que Moscardó dijera que no, que Moscardó optara por vivir unos meses más. Lo heroico habría sido lo siguiente: que Rojo le hubiera dicho a Moscardó que el Gobierno le concedía a él y a los suyos una amnistía sin peros y que Moscardó la hubiese rechazado en redondo y hubiese continuado la resistencia. También habría sido heroico si Moscardó se hubiese echado a la calle a pelear y morir. No asomarnos a una ventana porque sabemos que nos van a pegar un tiro en cuanto nos asomemos no es hazaña de héroe sino prudencia dictada por el sentido común. Mascaró, digo, Moscardó fue prudente desde el punto y hora que hizo lo que debía hacer para salvar el pellejo, esto lo admito sin rebozo; heroico no lo fue de ninguna de las maneras.

Calléme. Calléme porque di por demolida de una vez para siempre la leyenda del Alcázar.

Pero el autor no da aquí por finalizado su particular “asedio” al Alcázar y a su “héroe”, el coronel Moscardó, pues vuelve a la carga, unas páginas más adelante, con motivo de una crónica que el periodista Escobedo tiene que realizar sobre la derrota sufrida por las tropas italianas y franquistas en Guadalajara. Como si de una “presa” bien agarrada se tratase la arrastra y remata:

Pero el artículo que más me divirtió escribir esa mañana fue el tercero, comenzado justamente a las once y treinta minutos. Yo no me he reído nunca tanto escribiendo una pieza periodística. Era sobre Moscardó.

- ¿Por qué te ríes de esa manera? —preguntóme Máximo José al verme plumear a carcajada limpia.

- Es que estoy escribiendo un artículo sobre el héroe del Alcázar...

Titulabase mi crónica “Por falta de muros...”. Allí decía yo que Moscardó no había estado en Guadalajara a la altura heroica que en Toledo por la mera casualidad de no haber tenido a mano los rollizos muros de un Alcázar. Hacía yo justicia a Moscardó puntualizando que no corrió leporinamente como su ítilo camarada “Barba Eléctrica”²⁷, pero también obviaba la circunstancia de que no tuvo necesidad de correr. En cuanto oyó Moscardó las bien timbradas bofetadas que venían repartiendo

Vidali, Longo y Nenni, verdaderos héroes del batallón Garibaldi, se retiró prudentemente a Jadraque, pueblo tan remoto del frente que ya no había medio de oír desde su recinto ni el silbar de una bala, ni el aletear de una mosca. ("El silbido de las balas, cuando no hay muros de por medio, hasta resulta desagradable..."). Sabíamos en la Subsecretaría que ese mismo día de la batalla (ayer) el general que mandaba a todos los quirites (Mario Roatta) había volado a Salamanca para implorar al cuquillo vulgar (Franco) ordenase al héroe del Alcázar se acercase al fregado con los suyos (que tampoco eran pocos: veinte mil hombres en total, moros, regulares y carlistas). Pero por fortuna para el héroe, cuando Roatta regresó al frente habíase consumado ya la debacle. En este mismo artículo llamaba yo varias veces Mascaró a Moscardó, no porque yo no supiera que era Moscardó y no Mascaró, sino para dar a entender a los lectores que lo mismo debía darnos Mascaró que Moscardó, muy especialmente en campo abierto.

2.4. MARIA TERESA LEÓN Y RAFAEL ALBERTI

La presencia en Toledo de María Teresa León, recogida inicialmente por la misma en una breve obra autobiográfica titulada *La Historia tiene la palabra*²⁸, editada por vez primera en Buenos Aires en 1944, está también reflejada en varias obras acerca de la guerra civil, entre ellas destaco el libro de memorias de Antonio Cerdán²⁹, y que contiene una de las mejores crónicas desde el punto de vista militar, de lo que fue el asedio del Alcázar de Toledo. Las memorias de este militar comunista, editadas inicialmente por la Colección Ebro en París, en 1971, tienen en cambio algunas lagunas y "ninguneos", seguramente por motivaciones de índole política, pues no tiene otra explicación la inexistencia para Cerdán de Gustavo Durán, uno de los ídolos populares de nuestra guerra civil. Pero lo que nos interesa de estas memorias es la referencia a la actividad desarrollada en Toledo por Rafael Alberti y María Teresa León:

*Una de las veces que estuve en Toledo coincidí allí con Rafael Alberti y María Teresa León. Gran admirador ya antes de la guerra del autor de *Marinero en Tierra*, solo unas semanas antes había tenido ocasión de cono-*

Rafael Alberti y María Teresa León



cerlo y también a María Teresa, su mujer. Fue una gran fortuna para las letras españolas aquella expedición de la columna catalana a las Baleares, pues gracias a ella salvaron la vida estos dos grandes intelectuales españoles, que habían estado ocultos en una cueva de Ibiza y que salieron de allí con nuestras fuerzas. La rubia belleza de María Teresa, su dinamismo, el entusiasmo de ambos, su firme confianza en el triunfo de la causa popular que habían hecho suya, su simpatía y cordialidad hicieron sobre mí el mismo efecto de atracción humana que esas cualidades personales han hecho en cuantos los han tratado. Habían ido a Toledo —me explicaron mientras almorzábamos— para realizar una de las labores a la que tanto contribuyeron en Madrid: el salvamento y preservación del tesoro artístico. Pero en Toledo se los impidieron los anarquistas, alegando que la salida de cualquier obra de arte de la ciudad alarmaría a la población. Solo toleraron que se adoptaran algunas medidas defensivas sobre el terreno. Lo que algunos faístas incontrolados hicieron fue devastar las iglesias de Santa Isabel y San Miguel estúpidamente, dando así pábulo a la leyenda de la malvada actitud de los “rojos” contra la religión.

Lo cierto es que no fueron los anarquistas quienes impidieron la salida de Toledo de los cuadros del Greco y otras obras de arte, sino que fueron las autoridades locales, el gobernador civil José Vega, y el alcalde Guillermo Perezagua, probablemente por no ofrecerles garantías las órdenes de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, entidad a la que representaban Rafael y María Teresa.

Estas vivencias de la poeta en el Toledo en guerra de 1936 aparecen también en *Memoria de la melancolía*³⁰, donde nos relata también las excursiones que en tiempos de paz hacía, en compañía de Rafael Alberti y del grupo de amigos de la *Orden de Toledo*. Para ilustrarnos mejor sobre aquellas visitas del grupo de poetas y pintores a Toledo, recomendamos la lectura de las memorias de Buñuel.

¿Te acuerdas Rafael? Luego hemos leído tantas cosas sobre el Alcázar de Toledo, pero para nosotros será diferente; para ti, para mí.

¿Recuerdas aquella noche que dormimos en la Posada de la Sangre? Yo no recuerdo jamás las fechas. Sé que fuimos a Toledo alegremente pobres. Sé que no quisimos hablar de Cervantes sino de ti y de mí. Sé que la Posada

de la Sangre disponía de unos cuartitos con apenas una cama. Sé que tampoco quisimos hablar del Greco. Sé que aquello era echarse a dormir en una soledad de siglos. Sé que tampoco hablamos de los siglos. Sé que hablamos de las chinches, bueno, que hablé.

¡Chinches toledanas! ¡Noche toledana! Corrían por y en todas partes aguerridas generaciones de chinches adiestradas sobre los cuerpos de los arrieros. Corrían a tomar posiciones sin equivocarse. ¡Rafael, Rafael, despierta! ¡Me están comiendo las chinches! Encendí la luz. ¡Que bien dormía Rafael con el pecho cruzado por cientos de animalitos buscando con frenesí el escondite de la poesía! No me hizo caso. Siguió durmiendo. Apagué la luz. Bajé al patio y me puse a hablar con la ilustre fregona, única persona viva a aquellas horas en la Posada de la Sangre.

A continuación reproducimos la referencia a lo acaecido en Toledo en relación con el traslado de obras de arte a Madrid, según la versión de la eminente poeta:

Paco Ciutat, oficial de Estado Mayor, me dijo: Vengo a advertiros que el frente franquista avanza y que el nuestro puede romperse de un momento a otro. Hemos perdido Oropesa. Debéis hablar con la Junta de Incautación del Tesoro Artístico. Si defendemos Toledo, no quedarán más que ruinas y hay tanto que salvar allí.

Claro que me dirigí al convento de las Descalzas Reales, sede de la Junta. El decreto creándola decía así: “Ejercerá la protección en nombre del Estado sobre toda obra, muebles o inmuebles de interés artístico, arquitectónico o bibliográfico que en razón de las circunstancias anormales se encuentre a su juicio en peligro de ruina, pérdida o deterioro”.³¹

Hoy miro conmovida la fecha: 25 de julio de 1936. La República no perdió el tiempo en eso de defender el patrimonio común pues Franco se había sublevado el día 18 de julio de ese mismo mes. Yo no fui a la Junta sino para advertir lo que me habían dicho y, sin embargo, sobrecargados de trabajo como estaban, sus dirigentes me pidieron que fuera a ver lo que podía hacerse para trasladar a Madrid el tesoro de Toledo.

¡Toledo en guerra! Puede que el encontrar otra vez ese viejo destino suyo la volviese más hermosa aún. Nos fui-



mos acercando a ella entre el rodar de camiones militares y el mulo o el burro o la yunta de bueyes arrastrando el arado que dejaban en aquella guerra nuestra, tan entrañablemente popular, su regusto de vida campesina. Por segunda vez, desde que empezó la guerra, subíamos las callejuelas de la ilustre ciudad, encontrándolas más blancas, como lívidas, como cambiadas. ¿Dónde estarían aquellos toledanos y toledanas que nos protegieron de las iras de los cadetes? Todo estaba como entornado, cerradas las iglesias, la catedral... Las llaves están en el Gobierno Civil. El gobernador se llamaba de la Vega y no permitía que nadie tocara nada ni que se limpiara el polvo de nada ni que ningún técnico se le acercara para decirle cómo debían trasladarse a otro sitio los tesoros incalculables de Toledo. ¿Pero no oye? ¿Son o no son disparos? Pues si son, mejor sería... Y ese avión rebelde ¿puede o no puede tirar bombas? ¿No me oye? ¡Pobre! Movía la cabeza y firmaba bandos pidiendo a la población que se alejase y ordenes prohibiendo la salida de los tesoros artísticos. El pretexto que a mí me dio, a pesar de demostrarle los destrozos que la batalla del Alcázar habían causado al Museo, era que el excesivo amor del pueblo toledano a sus cosas pondría en grave riesgo al gobernador que consintiese que de allí se sacase algo.

Y me mandaron a un lugar que no sé cual era exactamente. En el estaban algunos hombres de buena voluntad ayudando a un gran especialista húngaro, Malonay³². Claro que antes de verle vi el retrato del cardenal Tavera con la cabeza separada del tronco de un tijeretazo. ¿Y esto?, grité. Un miliciano que allí hacía guardia con un fusil entre las piernas me aplacó mansamente: María Teresa, no te pongas así por un cura. Bajé los ojos. ¿Cómo podíamos nosotros reclamar respeto por el arte si nadie les había enseñado que existía esa palabra? Pregunté, bajando la voz: ¿Sabes leer? Me contestó, riéndose: No he tenido tiempo, la siega es tan larga...

¡Toledo en guerra!
Yo soy quien cuida la oveja,
yo soy quien carda la lana,
para hacer buenos colchones
mientras yo duermo en la paja.

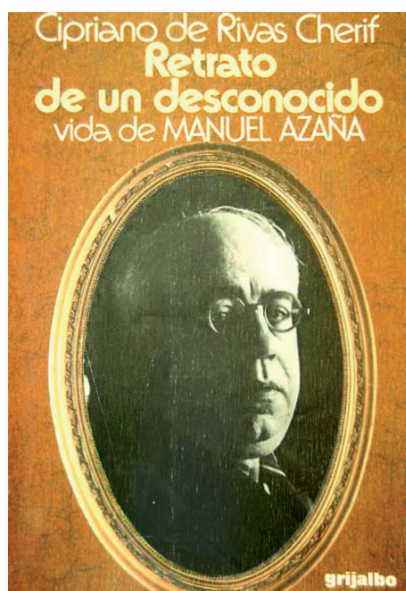
De allí pasamos a Santo Tomé. En esa iglesia estaba siempre quieto en su altar un cuadro famosísimo del Greco: El Entierro del Conde de Orgaz. ¡Que inmenso pareció a nuestras posibilidades aquel día que le pedía-

mos humildemente permiso para tocarlo! Repetíamos. Es para protegerlo. Y el gobernador nos contestaba: No es posible, no es posible. ¿Y los Grecos de la Catedral? Encerrados, donde estaban, sin que nadie los haya tocado... ¿Y las llaves? Son tres y las tienen tres canónigos... digo, tres camaradas. Pero ¿no oyes el tiroteo? ¿No te das cuenta que el mundo entero se apoya en estos errores nuestros para decir que somos unos salvajes y que vendemos y quemamos las obras de arte? El pobre hombre, desconsolado, creo que deseando morir, bajaba la cabeza. No se puede, no se puede y, además, ¿Cómo lo haríamos pasar por la puerta? Tenía razón. Que enorme nos pareció el cuadro en aquella luz de catástrofe.

Salimos de Santo Tomé. Solo más tarde supe que Malonay había cubierto el cuadro del Greco con sacos terrosos, tendiéndolo sobre las losas de la iglesia. ¿Quieres ver el Alcázar? dijo alguien, y nos dirigimos hacia allá. De pronto la guerra.

2.5. TOLEDO EN GUERRA EN LAS MEMORIAS DE MANUEL AZAÑA

Fue en 1980, cuando se editó en España la mejor biografía sobre Manuel Azaña con el título de *Retrato de un desconocido*³³, de Cipriano de Rivas Cherif, escrita en los años cincuenta, en el exilio mexicano, una vez que el cuñado del presidente, pudo abandonar España, tras permanecer encarcelado largos años, como consecuencia de su apresamiento en Francia en 1940. No deja de resultar curioso que el primer libro biográfico³⁴ sobre el último presidente de la Segunda República que se publicó en España, después de 1939, tuviese como autor a un periodista de origen toledano, Emiliano Aguado, falangista de primera hora, pero realizado desde la admiración y el respeto.



Sería muy interesante realizar un ensayo acerca de la relación de Azaña con los paisajes, con las gentes que conoce en cada lugar y como aprovecha sus viajes y paseos, para después anotar en sus diarios reflexiones y a veces dejar patentes sus conocimientos de historia de España, cuando al pasar por un valle o aproximarse a una

ciudad nos da noticia de batallas y acontecimientos de la Edad Media o Moderna.

Aunque es poco conocido, sí quiero hacer mención a la profundidad con que Azaña conocía las Comunidades de Castilla, la resistencia de los Comuneros, y escribió sobre este episodio histórico. Por cierto, hay autores que no hace muchos años se han aprovechado de lo que Azaña escribió al respecto sin citar. De esta erudición dejó testimonio en su ensayo *El Idearium de Ganivet*, dedicado a refutar las tesis del escritor al respecto.

Pero Manuel Azaña fue a lo largo de su vida un hombre vitalista, poco dado a dejarse abatir por los problemas, tampoco por los personales; ni siquiera se derrumbó cuando, ya en la oposición, durante el bienio negro, quisieron acabar con él, convirtiéndolo en un perseguido, encarcelándolo e incluso intentando asesinarlo. Su sentido del humor aparece en muchas ocasiones. Lo encontramos en *Plumas y Palabras*, que es una selección de artículos y ensayos, con algunos maravillosos, como *Quintana en la infausta remoción de sus huesos*.

Precisamente es en este libro donde encontramos por primera vez su reivindicación de toledanía:

Del reino de Toledo (donde era hace tres siglos la policía del bien hablar), mis abuelos, posesionados en la Sagra o en las vegas que se abren al Tajo, ascienden en derechura hasta el carpetano idólatra, anterior a la venida de las legiones; con una cuarterón de sangre vascongada (la raíz en Elgoibar).

Y un entronque en Arenys de Mar, soy español como el que más lo sea; pudiera haber sido patagón o samoyedo, pero en fin, soy español, que no me parece, ni en el mal ni en el bien, cosa del otro jueves. Leo en el Quijote a libro abierto, en él todo se me antoja transparente y jocundo; es decir que padezco las limitaciones impuestas por la clarividencia y el prurito de lo concreto.³⁵

En tierras toledanas inició Manuel Azaña su andadura política y en Toledo contaba con muchos amigos, y toledanos serán algunos de sus colaboradores más próximos; se consideraba toledano y siempre que venía a cuento presumía y hacía mención a su origen. Una de las referencias más extensas la encontramos en el discurso que pronunció en el toledano Teatro de Rojas, el día 13 de Febrero, en la recta final de la campaña electoral de los comicios de 1936. Así comenzó su discurso nuestro toledano:

Ciudadanos de Toledo, diría, si me lo permitís, amigos y coterráneos de Toledo, porque yo soy un poco y hasta un

mucho toledano: Os agradezco el fervor con que venís aquí esta tarde, que no es por mí, sino por la causa republicana, que es tanto como decir que venís por vuestra propia causa, que venís a defenderos vosotros mismos en vuestra libertad política, en vuestro respeto de hombres, en vuestra guindad de ciudadanos españoles y en la obligación de poner el nombre de Toledo a la altura que, por su historia y su espíritu, le corresponde en el desarrollo del porvenir nacional.

Nuestro presidente, Félix Urabayen, y mi ilustre y querido compañero Emilio Palomo han leído y dicho algunas palabras, entre las cuales algunas no dejan de producirme cierta emoción, aunque ya en estos días no me va quedando resistencia física ni para recibir las emociones agradables. En efecto, hace casi veinte años vine yo a la tierra toledana imprevistamente, porque me vi solicitado por personas de la provincia, que deseaban entablar un combate político contra el caciquismo de aquella época, y vine a la primera batalla política que yo libraba, bien ajeno entonces de suponer, que la política, a la que no había dedicado ni media hora de atención seguida, acabaría por absorber lo más principal de mi existencia.

GUERRA CIVIL

En muchas otras ocasiones estará Toledo presente en los pensamientos y reflexiones de Azaña, también en los momentos trágicos de la guerra civil. Precisamente en los primeros días de la sublevación, consumada la traición de Moscardó y sus seguidores alcazareños, fue decisiva su intervención, según testimonio que dejó otro toledano, Régulo Martínez, dirigente de Izquierda Republicana en Madrid, y que hace referencia a la preocupación del presidente de la República por el patrimonio artístico de Toledo y como se opuso a la intervención de la aviación, por la poca precisión que entonces tenían los bombarderos y el peligro que podían correr la Catedral y el resto de monumentos.

LAS NOTAS QUE NO ESCRIBIÓ MANUEL AZAÑA

Existe acuerdo, entre ensayistas, historiadores, y cuantos escritores se han aproximado a la guerra civil española, en que uno de los documentos fundamentales para entender lo que ocurrió en España durante aquellos años son los diarios de Manuel Azaña. Acontecimientos relevantes y protagonistas son objeto de anotación y, en muchos casos, de comentarios y reflexiones. No puede decirse que lo acaecido en Toledo, tanto en lo tocante al asedio del Alcázar, como en lo relativo a las batallas libradas en esta provincia, determinase el curso de la guerra. Sin embargo Manuel Azaña llegó a realizar

apuntes, relativos a lo que ocurría en Toledo, tal y como hacía de forma habitual en relación a otros asuntos, para después desarrollarlo en el cuaderno de su diario. Solo en una ocasión, como veremos, escribió Azaña acerca de la guerra en Toledo, como fue con motivo de la visita de un campesino de Caleruela, para informarle de las matanzas perpetradas por los sublevados en los pueblos del distrito.

No obstante me parece de interés reproducir los apuntes relativos a Toledo, de los que disponemos gracias al impagable trabajo realizado por Enrique de Rivas³⁶, con la edición y anotación de estos documentos. Para que el lector tenga toda la información posible, se nos muestra en el libro una versión restaurada, una copia fotográfica y la reproducción textual. Nos inclinamos por la versión restaurada de los apuntes que nos interesan, para una mejor comprensión:

Visitas nocturnas de Largo a Palacio -Tristeza y zozobra de estas horas -El derrumbamiento -Efecto que me produce Largo -Contraste con lo antiguo -Reacciones de viejo -Incompetencia en la administración y el Estado -Falta de ideas personales -de imaginación -de energía -Le encandila lo sindical -Su manera de despachar -El decreto de la cuenta reservada -"El Estado Mayor... Falsa apreciación de los sucesos -Lo de Toledo -Lo de Maqueda -Ocupar una casilla de peón caminero le induce a que la situación ha mejorado notablemente.

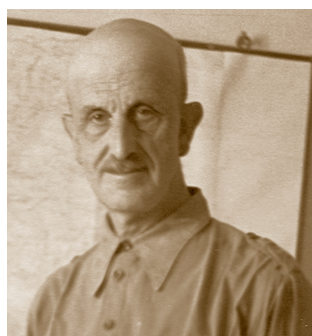
Sus juicios sobre los antecesores: por qué no se había fortificado Lozoya: cree que porque era un pueblo pequeño... -Lo que le cuentan -Victima de los personalismos de los militares -Quiere un estado mayor de paisanos -Imposible obtener datos ciertos sobre la fábrica de Toledo -Preocupación mía antigua -Por qué ha durado la guerra -El problema de las municiones. Consejos dados. Su inutilidad -Ya se está haciendo -No sabía bien lo que allí había ni se enteró de lo que se hacía -Fue a Toledo -Las esperanzas en la mina -Lo que hablé con el comandante Mozos -Su escepticismo -El mío -El de Mascalet- ¿Volaremos la catedral? Seguridades de Mozos -Visita de Palomo³⁷ -Desconocía la situación -Consejos que le doy sobre las obras de arte -Tardios -Los de Illescas, destrozan esculturas -Schiff me cuenta sus impresiones -Gamir nombrado y relevado -Gandulería de 5.000 hombres -A la espera -El nuevo esfuerzo: destruir el Alcázar -Derroche de proyectiles -Arbitrios de última hora.

Los anteriores no son los únicos apuntes que hacen referencia a Toledo, si bien los encontramos en otro contexto, como si el Presidente se acordase de algo que no había dejado anotado y lo apuntase para después añá-

dirlo a otras notas. De los anteriores apuntes destacamos dos asuntos: uno es la percepción que Azaña tiene de que no se está actuando de forma eficaz para acabar con el reducto rebelde del Alcázar de Toledo, y así queda reflejado también en las impresiones recogidas por Cipriano de Rivas Cherif, y que reproducimos a continuación. El otro asunto que preocupa a Manuel Azaña es la protección de las obras de arte y su angustia ante los riesgos de que una actuación negligente, en los bombardeos al Alcázar, pudiera dañar la Catedral toledana.

- Como se me ofreciera una tarde la ocasión de ir a Toledo, no la desaproveché, ni la lección sucinta que el Presidente nos dio, cuando a la vuelta de mi rápido viaje le conté la impresión que me había producido el entrar en la ciudad de soslayo por evitar el fuego del Alcázar sobre la carretera, y después el espectáculo de la Plaza de Zocodover batida asimismo por los sitiados, que más parecían sitiadores.

- No hay más que tomarlo al asalto; pero ¡que quieren ustedes! —decía volviéndose a los circunstantes—. Hemos llegado a entrar en el mismo Patio y nos hemos vuelto. Así no hay manera de hacer nada. —Y ello, porque en mi referencia yo había insistido en ponderar el ánimo simplemente expectante de los milicianos de Toledo, que todo lo fiaban a la eficacia de un cerco, harto burlado y que con razón, como después se vió, esperaban ver deshecho por las tropas que ya subían de Mérida a Talavera.



Juan Hernández Saravia

Por aquellos mismos días, se intentó la rendición del Alcázar, con el envío del entonces Coronel Rojo a parlamentar con los sitiados, y más tarde del prestigioso sacerdote y elocuente predicador don Santiago Camarasa³⁸, con la misma intención fallida. Desde luego el Presidente no creía en que semejantes gestiones pudieran tener ya ningún resultado.

Una de aquellas noches le oí repetirle al general Saravia que era menester bombardear seriamente aquel importante reducto insurrecto. No le parecía, sin embargo, que fuese menester minarlo con dinamita, arriesgando una explosión que pudiera derribar la catedral incluso.³⁹

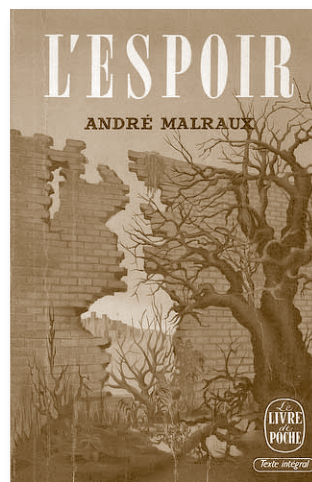
Por las razones que fuera Azaña no llegó a desarrollar los apuntes relativos a Toledo o a la caída en manos

de los rebeldes de las comarcas de Puente del Arzobispo y Talavera. En cambio nos encontramos en sus Memorias una de las páginas más conmovedoras de sus impresiones acerca de la guerra, en la siguiente anotación de uno de noviembre de 1937:

He recibido a un labrador de Caleruela (Toledo), que se apellida Cuadrado, a quien conozco desde 1918, cuando hice en aquellas tierras mi primera campaña electoral. Se encuentra accidentalmente en Valencia, y ha querido verme porque tiene noticias personales de los desastres ocurridos en los pueblos del distrito. Entre otras cosas me entrega una relación nominal de los veinticuatro hombres y las seis mujeres fusilados por los rebeldes en El Torrico, lugar de unos seiscientos vecinos. ¿Qué sumaría la lista de toda España? Entre los muertos del Torrico figura el Alcalde, Ildefonso Ávila, un personaje cervantino, no solo por el carácter sino por la vestimenta. Todavía en estos tiempos se presentaba en Madrid de calzón y pellico blanco. Mediano de estatura, anguloso, la boca delgada y sumida, duro y enérgico el mirar, de elegancia natural los movimientos, y la actitud altanera, sin proponérselo. ¡Había que verlo en su pueblecito, empuñando la vara! Este rustico, pobre y sin letras, hablaba un castellano portentoso. Deleite de oírle nombrar las cosas con la eterna novedad que los escritores ignoran. Gracia y exactitud de los giros, pureza cristalina de la dicción. Lenguaje sorbido de bruces en el manantial. Hace muchos años, en la clase de Francisco Giner, alguien dijo que los campesinos de la provincia de Ávila hablan como Santa Teresa. “Pero no dicen las mismas cosas”, observaba Don Francisco. Cierto. No lo es menos, que el buen lenguaje es de por sí una categoría intelectual. Era evidente que Ildefonso, y todos los Ildefonsos desesperados, hubieran aprendido y sabido muy bien cuanto puede decirse en aquel idioma. Nadie se lo había dicho. Tenían de su raza el carácter y el habla. De los tiempos presentes, la exaltación política. Le pesaba su miseria. ¡Pobre Ildefonso! Ahora descansas de tu afanosa vida, de tu horrible muerte. Si te hubieses dicho que morías para salvar la civilización cristiana en Occidente, no lo habrías entendido.⁴⁰

2.6. ANDRÉ MALRAUX Y TOLEDO

Aunque este artículo se limita a hacer un apretado resumen de la presencia de Toledo en la narrativa española relacionada con la guerra civil, lo cierto es que la singularidad de *L'espoir*⁴¹, escrita además en España, obliga a hacer una excepción.



André Malraux

La presencia de Toledo en *L'espoir* tiene que ver, fundamentalmente, con dos de los protagonistas de la guerra civil llevados a la ficción por el autor de *La condición humana*, Manuel y López, y que están inspirados, respectivamente, en Gustavo Durán y en Luis Quintanilla, así como en las andanzas del propio autor, que debió sobrevolar Toledo más de una vez durante el asedio al Alcázar. Es muy posible que Malraux⁴² visitase la vieja capital, y seguramente a comienzos de septiembre de 1936, pues aunque, como en toda obra de ficción, la realidad se desdibuja, es tal el cúmulo de datos y episodios relacionados con el sitio del Alcázar que coinciden con hechos reales que es muy difícil que el largo relato, casi un tercio del libro, haya sido elaborado a partir de la mera lectura de los periódicos con noticias censuradas o “infladas”, o con testimonios de milicianos. Entre las pequeñas historias contadas en la novela se encuentra la de la fuga de la Academia toledana de la dueña de una fonda y de varios soldados de reemplazo, y que ocuparon páginas en varios diarios al referir el régimen de violencia y terror que se vivía en el interior de la fortaleza. También nos encontramos en la novela con las excavaciones para la colocación de las minas explosivas bajo el Alcázar, así como las distintas concepciones de la guerra que tienen, entre las fuerzas sitiadoras, militares profesionales y las milicias de los partidos del Frente Popular.

Sorprende la verosimilitud de la narración que hace acerca de la cruel represión llevada a cabo en Toledo por las “fuerzas liberadoras”, tras el 27 de septiembre de 1936; en este caso tuvo que contar por fuerza con el testimonio de algún superviviente huido, pues no se distancia mucho de lo que realmente ocurrió. Pero antes de todo eso Malraux nos habla de la paupérrima situación de la aviación republicana:

El cielo de la tarde del verano español aplastaba el campo como el avión a medias hundido de Darras aplastaba sus neumáticos desinflados, desgarrados por las balas. Detrás de los olivos, un paisano cantaba una cantinela andaluza.

Magnin, que acababa de volver del Ministerio, había reunido a las tripulaciones en el bar.

- Una tripulación para el Alcázar de Toledo.

Hubo un silencio bastante largo, colmado por el zumbido de las moscas. Todos los días, ahora, los aparatos volvían con sus heridos, el depósito en llamas, por la noche, o a pleno sol, arrastrándose en silencio, con los motores sin funcionar —o no volvían—.

Les habían llegado a los fascistas los cien aparatos previstos por Vargas; y muchos otros. No les quedaba a los republicanos un solo avión de caza moderno, y todos los cazas enemigos estaban sobre el Tajo.

- Una tripulación voluntaria para el Alcázar -repetía Magnin.

Malraux da suficientes pistas para que el lector avisado relacione a Manuel con Gustavo Durán y a López con Luis Quintanilla. En el primer caso no oculta su fascinación ante el militar músico. Se diría que el escritor francés había quedado cautivado por la personalidad y la belleza del teniente coronel español. En uno de los finales de la novela nos encontramos con estas profundas reflexiones:

- *Ese Kyrie es admirable —dijo confuso— y lo tocaba pensando en otra cosa. Yo he terminado con la música... En el campamento, la semana pasada, has visto que había sobre el piano todo un paquete de Chopin, del mejor. Lo he hojeado, todo eso provenía de otra vida...*

- *Quizá era demasiado tarde... o demasiado pronto.*

- *Quizá... Pero no creo. Creo que otra vida ha comenzado para mí con el combate; tan absoluta como la que comenzó cuando me acosté por primera vez con una mujer...*

En el caso del pintor Luis Quintanilla ocurre algo parecido, al adjudicarle a López, en las operaciones de asedio al Alcázar, el papel de enlace con el Ministerio de la Guerra en Madrid y la responsabilidad de suministrar obuses y granadas a los artilleros. También aparece el pintor, escultor en la novela, como el encargado de llevar a Toledo a un sacerdote, con la pretensión de conseguir de Moscardó la liberación de mujeres, niños y presos republicanos llevados a la fuerza a la fortaleza. Pero

Quintanilla no se dio nunca por aludido y en su obra ya citada apenas hay una mención para el célebre ministro de Cultura francés de los años sesenta:

*Haré una digresión para decir que, a principios del año 1937, André Malraux se puso en contacto conmigo pidiéndome detalles de la guerra de España, y entre otras cosas le conté lo sucedido con el sacerdote que llevé a Toledo, lo que escribió en su libro *L'Espoir*, interpretándolo a su manera novelesca, pero esta vez sin distanciarse de la realidad. Un lector de *L'Espoir* y de mi texto puede comparar la escueta verdad y el toque de fantasía.*

El triste aspecto que ofrecía la ciudad de Toledo durante los meses que duró la encarnizada lucha entre los golpistas encerrados y las fuerzas republicanas sitiadoras ha sido retratado, bien con la cámara o bien con la pluma, por muchos escritores y periodistas, pero en pocas ocasiones encontramos una estampa, una postal de tal belleza, a pesar del horror de la guerra, como la reflejada por A. Malraux, en *L'Espoir*. Nos ha parecido el mejor final posible para esta modesta aportación a un trabajo colectivo relacionado con la guerra civil en Toledo:

Llegaron por fin a la barricada. A la izquierda, tiroteaban milicianos; a la derecha, otros, acostados sobre colchones, jugaban a los naipes, otros estaban confortablemente instalados en sillones de mimbre; en el medio, la radio transmitía una canción andaluza. Arriba, desde un segundo piso, tiraba la ametralladora. Shade se acercó a una brecha de la barricada.

Iluminada por una poderosa lámpara de arco, absolutamente vacía, la plaza donde en otros tiempo los reyes de Castilla luchaban a caballo con el toro era mucho más irreal que la de la catedral, más parecida a una plaza de un astro muerto que cualquier otro lugar en el mundo, en esa inquietante mezcla de olor a quemado y de frescura nocturna. Bajo una luz de estudio, escombros de Asia, un arco, tiendas dañadas por las balas, cerradas y abandonadas, y, sobre todo un lado, sillas de hierro de fondas, dispersas, entreveradas o aisladas. Por encima de las casas, una enorme publicidad de vermut, erizada de cetras; en los rincones oscuros débilmente iluminados, los cuartos de los observadores. De frente, los reflectores hundían su luz de teatro en todas las callejuelas ascendentes; y en el extremo de las callejuelas, en plena luz también, mejor iluminado para la muerte de lo que nunca lo estuvo para los turistas, extrañamente chato sobre el fondo del cielo nocturno, humeaba el Alcázar.

NOTAS:

- ¹ ZAMACOIS, E. *El asedio de Madrid*. Barcelona: Ediciones Mi Revista, 1938.
- ² El autor de *La gallina ciega* publicará su primera novela de la serie El laberinto mágico, *Campo cerrado*, el año 1943 en México; la siguiente, *Campo abierto*, no verá la luz hasta 1951.
- ³ MORÁN, G. *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*. Barcelona: Editorial Tusquets, 1998.
- ⁴ TORRENTE BALLESTER, G. Presencia en América de la España fugitiva. *Tajo*, núm. 10, 3 de agosto de 1940, p. 9-15.
- ⁵ SOLDEVILA DURANTE, I. La novela desde 1936. En *Historia de la literatura española actual*. Madrid: Alhambra, 1980.
- ⁶ Sin duda se refería a Enrique Lister y a Cipriano Mera.
- ⁷ QUINTANILLA, L. *Los rebenes del Alcázar de Toledo*. París: Ruedo Ibérico, 1967.
- ⁸ El abogado José Vega López fue un destacado miembro de Izquierda Republicana, presidente de la Diputación Provincial de Toledo de 1936.
- ⁹ En los primeros momentos se llegó a publicar, en particular en la prensa fascista europea, la versión "romántica" de que los sublevados eran los jóvenes cadetes de la Academia. Finalmente se supo que estos estaban de vacaciones al inicio de la sublevación y que solo siete u ocho estuvieron entre los golpistas.
- ¹⁰ Artículo publicado en el periódico *Nuovo Avanti*, el 5 de septiembre de 1936 e incluido en el libro *La guerra de España*. México: Ediciones Era, S.A, 1964.
- ¹¹ Discurso pronunciado por Albert Camus en el mitin, de solidaridad con España, organizado por "Les Amis de l'Espagne Republicaine", celebrado en París en abril de 1951, en el que tomaron la palabra dirigentes políticos y sindicales, defensores de la causa de la República Española, cuyo valedor más relevante en Francia era el autor de *El extranjero*. Incluido en el libro recopilatorio de textos de Albert Camus relacionados con su actividad antifranquista, titulado *¡España libre! Crónica General de España*. Madrid: Ediciones Júcar, 1978.
- ¹² RUIZ ALONSO, J. M^a. *La guerra civil en la provincia de Toledo. Utopía, conflicto y poder en el sur del Tajo (1936-1939)*. Ciudad Real: Almud, ediciones de Castilla-La Mancha. 2004. El prólogo de este libro es obra de Gabriel Cardona.
- ¹³ Gustavo Durán Martínez nació en Barcelona en 1906 y murió en Atenas en 1969.
- ¹⁴ DURÁN, G. *Una enseñanza de la Guerra Española*. Madrid: Ediciones Júcar, 1980.
- ¹⁵ VÁZQUEZ RIAL, H. *El soldado de porcelana*. Barcelona: Ediciones B, 1997.
- ¹⁶ JUÁREZ, J. *Comandante Durán. Leyenda y tragedia de un intelectual en armas*. Barcelona: Editorial Debate, 2009.
- ¹⁷ En relación a la presencia de Durán en las obras de Hemingway y Malraux, puede consultarse el trabajo de Javier Rupérez, Gustavo Durán en las novelas de Ernest Hemingway y André Malraux, aparecido en la *Revista de Occidente*, num. 307 (2006) p. 51-80.
- ¹⁸ AUB, M. *Diarios (1939-1972)*. Edición de Manuel Aznar Soler. Barcelona: Alba Editorial, 1998.
- ¹⁹ Se refiere a Amós Salvador, ex ministro y diputado de Izquierda Republicana.
- ²⁰ La alusión a Gustavo Durán es inconfundible.
- ²¹ Se refiere al poeta Juan Chabás, organizador al comienzo de la guerra de uno de los batallones de Izquierda Republicana, partido en el que militaba entonces. Muy pronto alcanzó el grado de capitán con mando en importantes unidades militares.
- ²² Arturo Barea nació en Badajoz en 1897 y murió en Londres en 1957.
- ²³ Esteban Salazar Chapela nació en Málaga en 1902 y murió en Londres en 1965.
- ²⁴ AZAÑA, M. *Obras Completas*. México: Editorial Oasis, 1966-1968.
- ²⁵ AZAÑA, M. *Obras Completas*.
- ²⁶ *En aquella Valencia* fue editada por primera vez en 1995, en la editorial Gexel, tras ser rescatada del olvido por la profesora Francisca Montiel Rayo, que había realizado su tesis doctoral sobre la obra del escritor malagueño.
- ²⁷ Así era llamado el general italiano Annibale Bergonzoli.
- ²⁸ LEÓN, M^a T. *La Historia tiene la palabra. Noticia sobre el salvamento del Tesoro Artístico*. Buenos Aires: Patronato Hispano-Argentino de Cultura, 1944.
- ²⁹ CORDON, A. *Memorias de un militar republicano*. Prólogo de Santiago Carrillo. Barcelona: Editorial Crítica, 1977.
- ³⁰ LEÓN, M^a T. *Memoria de la melancolía*. Edición de Gregorio Torres Nebrera. Madrid: Clásicos Castalia, 1998.
- ³¹ Como señala Gregorio Torres Nebrera, en la edición de *Memoria de la melancolía* ya citada, la cita no corresponde al decreto de creación sino a otro posterior, de 2 de agosto, que desarrolla y amplía el primer texto.
- ³² No se trata, como parece dar a entender María Teresa León, de un especialista húngaro llegado para el caso, sino de un profesor de la Escuela de Artes de Toledo, de origen húngaro, Thomas Malonyay, afincado en Toledo desde hacía varios años, y que después de la pérdida de Toledo por los republicanos marchó a Madrid, incorporándose a la Junta de Protección del Patrimonio Artístico junto con el concejal republicano Vidal Arroyo Medina, profesor igualmente de la Escuela de Artes de Toledo. Sobre su figura se han publicado recientemente dos trabajos del profesor Francisco García Martín. Nos referimos, en concreto, a "Un toledano de adopción: Tomás Malonyay" publicado en *Anales toledanos*, 44 (2008) p. 153-166; y a "La gestión del patrimonio artístico durante la Guerra civil en la provincia de Toledo: Tomás Malonyay" aparecido en *La guerra civil en Castilla-La Mancha, 70 años después: actas del Congreso Internacional*, Cuenca: Servicio de publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2008, p. 979-1004.
- ³³ RIVAS CHERIF, C. *Retrato de un desconocido: vida de Manuel Azaña (seguido por el Epistolario de Manuel Azaña con Cipriano de Rivas Cherif de 1921 a 1937)*. Barcelona: Ediciones Grijalbo, 1979.
- ³⁴ AGUADO, E. *Don Manuel Azaña Díaz*. Barcelona: Ed. Nauta, 1972.

³⁵ AZAÑA, M. *Plumas y palabras*. Madrid: Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1930.

³⁶ *Apuntes de memoria (inéditos): Guerra Civil, mayo 1936-abril 1937, diciembre 1937-abril 1938; Cartas, 1938-1939-1940 / Manuel Azaña*. Edición, comentarios y notas al cuidado de Enrique de Rivas. Valencia: Pretextos, 1990.

³⁷ Emilio Palomo, diputado de Izquierda Republicana por Toledo y presidente del Tribunal de Cuentas.

³⁸ En realidad se trataba de Enrique Vázquez Camarasa.

³⁹ RIVAS CHERIF, C. *Retrato de un desconocido. Vida de Manuel Azaña*. Barcelona: Ediciones Grijalbo, 1979.

⁴⁰ AZAÑA, M. *Memorias políticas y de guerra, II*. Barcelona: Editorial Crítica, 1978.

⁴¹ MALRAUX, A. *L'espoir : roman*. Paris: Gallimard, [1960].

⁴² André Malraux (1901-1976), novelista, arqueólogo, periodista y político francés que fue ministro de Cultura durante el gobierno del general Charles de Gaulle. Como activista a favor de la República española, fue amigo de la mayoría de los escritores y artistas republicanos, entre ellos Gustavo Durán. Organizó al comienzo de la guerra una escuadrilla de aviación con pilotos profesionales de varias nacionalidades.



André Malraux y Gustavo Durán